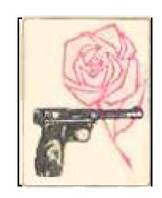


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Vudú contra Macumba

En el transcurso de esta aventura se hacen algunas aclaraciones sobre el vudú y la macumba y se admite la posible rivalidad entre ambas creencias. No vamos a entrar en el terreno de las comparaciones, por supuesto, pero sí podemos hacer algunas suposiciones. Por ejemplo: ¿qué podría llegar a ocurrir si se enfrentasen los creyentes de una y otra… o que podría ocurrir si alguien tuviera la insólita idea de unirlas y asignar a la nueva creencia el nombre de vuducumba o el de macumvudu? En verdad eso parece inimaginable. Sin embargo, a alguien se le ocurre tan genial idea, y, claro está, no lo hace precisamente para favorecer ni al vudú ni a la macumba. Es un personaje curioso el que pone en marcha semejante invento, tan curioso como su nombre. En cualquier caso, tiene mala suerte, pues en su camino se cruza una periodista negra llamada Cecily Hamilton a la que no complace la idea de que llegue a producirse una situación de «Vudú contra Macumba».



Lou Carrigan

Vudú contra Macumba

Brigitte en acción - 442

ePub r1.1
Titivillus 04.12.2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Habitualmente, antes de marcharse de su despacho en el Morning News, la señorita Brigitte Montfort, directora de la Sección Internacional, hacía casi ritualmente tres cosas:

Pasaba a despedirse de su jefe y viejo y querido amigo, el director del Morning News, Miky Grogan.

Pasaba a despedirse de Frankie Minello, su eterno enamorado y más querido amigo, que dirigía la Sección Deportiva del mismo diario.

Pasaba por la sala de ordenadores a enterarse de las últimas noticias del día y la recopilación de las del día anterior.

Cumplidas ya las dos primeras, Brigitte bajó en el ascensor directo desde las oficinas del Morning News al primer sótano del edificio, donde estaban las máquinas más pesadas y una terminal de los ordenadores del periódico. En los ordenadores se archivaban las noticias por fechas y por temas, y por otros sistemas de clasificación que, por el momento no interesaban a Brigitte. Sencillamente, ella iba al ordenador, pulsaba la tecla de la última jornada, y se aseguraba de que estaba al corriente de todas las noticias que allí aparecían resumidas.

Finalmente, la señorita Montfort iba al garaje, recogía su coche, y regresaba a su moderno y magnífico apartamento en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida neoyorquina, frente a Central Park.

Pero aquel día no lo hizo así, abandonó su rutina. Leyó en la pantalla del ordenador los extractos de las noticias últimas, se quedó pensativa un minuto, y luego efectuó una selección de noticias tecleando en la consola la palabra VUDÚ.

Inmediatamente, comenzaron a aparecer noticias relacionadas con el vudú en la pequeña pantalla del ordenador. Alrededor de Brigitte todo era ruido de máquinas, voces, timbrazos de

teléfonos…, pero Brigitte sabía muy bien cómo aislarse del entorno y concentrarse en lo que le interesaba. Una intensa y agitada vida de periodista ganadora del Premio Pulitzer, y una todavía más intensa, agitada y arriesgada vida como la agente «Baby», la más eficaz espía del mundo, oficialmente al servicio de la CIA, la habían convertido en un ser dotado de grandes poderes de concentración… y de observación.

Su poder de observación era precisamente el que la había impulsado a requerir una información masiva sobre el tema del vudú en las últimas jornadas. Y apenas dos minutos después de ver desfilar esas noticias ante sus ojos por la pequeña pantalla, la señorita Montfort reaparecía en el despacho del director, Miky Grogan, única persona con jerarquía superior a la suya en los engranajes del Morning News.

—Ah, Brigitte —le sonrió Grogan, terminando de ponerse el gabán—… ¿Ha olvidado algo?

—¿A quién tenemos trabajando en el asunto del vudú, Miky?

—¿El asunto del vudú? ¿Qué asunto?

—¡No me diga que no hay nadie trabajando en eso! ¡Tenemos el teletipo y el ordenador atestados de noticias de vudú!

—Sí, bueno… Bien, si tenemos las noticias en el ordenador quiere decir que las hemos publicado, y por tanto que estamos al corriente de ellas, ¿no?

—Estamos al corriente de las noticias, pero no estamos al corriente de lo que está pasando.

Miky Grogan se alertó.

Por dos motivos. Uno, que era un auténtico veterano del periodismo. Dos, que después de tantos años sabía ya positivamente que cuando la señorita Brigitte Montfort olfateaba algo uno podía apostarse un millón de dólares a que algo estaba ocurriendo.

—¿Qué está pasando? —murmuró.

—En varias ciudades de los Estados Unidos han sido asesinados personajes relacionados con el vudú, de forma… mágica. Y todos ellos eran de raza negra. Algunos eran personajes incluso influyentes en ciertas esferas de la vida social normal de los Estados Unidos, digamos… pequeños líderes de grupos o partidos políticos o agrupaciones deportivas o sociales. Siempre, en todos los casos, los personajes asesinados destacaban por algo. ¿No había usted

reparado en ello?

—Me parece que verdaderamente me hago viejo —suspiró Grogan—… Ya no puedo estar al corriente de todo, Brigitte. Es decir, procuro estarlo, pero ya no tengo la misma capacidad de asimilación y control de las noticias… ¿Qué cree usted que está ocurriendo, en el fondo?

—No tengo ni idea, pero sea lo que sea es fácil comprender que el vudú esta… agitado. Hay por lo menos diez casos de magia negra en diversos estados durante las últimas cinco semanas. Diez casos de magia negra: diez muertes. Por ahora ninguno en Nueva York, pero… Bueno, ya sabe el dicho.

—Sí: cualquier cosa que suceda en el mundo puede suceder también en Nueva York. O sea, que usted cree que en Nueva York va a suceder algo relacionado con el vudú.

—Si ese dicho periodístico se cumple, sí —sonrió Brigitte, aunque con el ceño fruncido—. Vamos a ver: ¿a quién tenemos como experto para estas cosas?

—Caramba —se sorprendió Grogan—, ¡a usted misma! Su vieja amiga Mabanga le ha estado enseñando no pocas cosas en todos estos años…, y no se puede decir que usted sea torpe para aprender, querida. ¡Apuesto cualquier cosa a que sabe usted de vudú más que algunas de esas sacerdotisas que…!

—No diga disparates —rió Brigitte—. Déjeme tranquila con esas cosas, y deje también tranquila a la pobre Mabanga, que ya está muy vieja. Sería conveniente disponer de alguien que se encargara de investigar esto un poco más a fondo. ¡Y no me diga que no tenemos a nadie así en el periódico!

—Pues… de plantilla fija, no. Todas las noticias que estamos dando al respecto son de agencia. Pero naturalmente si a usted le interesa el asunto puede ponerse a trabajar en él a su gusto y por cuenta del Morning, claro está. Pase lo que pase sé que como mínimo obtendré un estupendo reportaje.

—Yo no quiero hacer un reportaje —se impacientó Brigitte—: quiero saber qué está pasando. Tengo ya muy superados los reportajes sobre el vudú y todas las supercherías relacionadas con él, sólo me interesa el vudú serio… o cuando menos el vudú tomado en serio. Ya sabe que a mí no me gusta bromear con las creencias de otras personas, Miky.

—Bueno, hijita, ¿qué quiere que le diga? Tiene usted carta blanca para hacer…

La puerta del despacho se abrió bruscamente, y, ¡cómo no!, apareció Frank Minello, vociferando:

—¡Jefe, me voy corriendo para ver si alcanzo a Brigitte y…! ¡Zambomba! ¡Ya he vuelto a soñar con ella!

—Hola, Frankie —casi rió Brigitte.

—¡Amor de mi vida…! ¡Acabo de soñar despierto contigo! —Minello terminó de entrar en el despacho, abrazó a Brigitte, y la besó en los labios—. ¡Estoy tan loco por ti que ya no sólo te veo en sueños dormido, sino en sueños despierto…!

—¿Quieres hacer el favor de no estrujarme? —lo empujó Brigitte, separándolo de sí.

—Lo hacía para convencerme de que no se trataba de otro sueño.

—Nada de sueños. Era yo quien hace unos minutos he pasado por tu despacho para despedirme. Simplemente, he vuelto para hablar con Miky.

—Aaaah —se desencantó Minello—… ¿De modo que no ha sido un sueño despierto? ¡Con la ilusión que me hacía! ¿Has vuelto? ¿Por qué? ¿Te ocurre algo, te encuentras mal, te has torcido un tobillo, necesitas compañía, has decidido llevarme a tu casa, has…?

—¡¿Te quieres callar de una vez, condenado?! —gritó Grogan—. ¡Me voy a casa, y quiero llegar allá sin dolor de cabeza! ¡Cierra la boca!

—Pero jefe, si cierro la boca, ¿cómo voy a poder decirle a Brigitte que la amo?

—¿Quieres dejar de hacer el tonto? —exigió Brigitte—. ¡Estamos hablando de cosas serias!

—¿Qué cosas serias? —se admiró Minello.

—Del vudú —dijo Grogan—. Brigitte estaba…

—¡Hombre, del vudú! —exclamó Frankie—. ¡Precisamente conozco yo a un sacerdote de esos del vudú!

Brigitte y Grogan se quedaron mirando atónitos a Minello, que tardó un par de segundos en darse cuenta del efecto de sus palabras. Miró a uno y a otra, sonrió, y se rascó la coronilla.

—¿He dicho alguna tontería? —preguntó.

—¿Conoces a un sacerdote del vudú? —inquirió Brigitte—. ¿A

uno de esos sujetos de raza negra a los que llaman *houngan*? ¿Uno de esos llamados sumos sacerdotes que hacen… sacrificios y todo eso?

—Sí, sí. Es un tipo la mar de simpático, menos cuando sube al *ring*. Entonces es de cuidado, os lo aseguro.

—¡No irás a decirme que es un boxeador profesional!

—No, no. Es un brujo de esos, pero acude a uno de los gimnasios de Harlem que están bajo mi patrocinio deportivo. Un día estaba allí de visita, haciendo un recorrido de inspección, y vi a un tipo en el *ring* que soltaba unos mamporros de espanto. Así que le pregunté a Clinton… Clinton es el entrenador de ese gimnasio, ¿comprendes?… Le pregunté a Clinton que quién era aquel fenómeno, pues aunque ya era más que mayorcito quizá se podría hacer algo con él. Clinton se echó a reír, y me dijo que era un sacerdote del vudú, y que iba al gimnasio sólo para estar un poco en forma física, que le encantaban los deportes y en especial el boxeo. Y ya está.

—¿Sabes cómo se llama? ¿Tienes su dirección?

—No. Pero yo por ti soy capaz de conseguir eso y más. Por ejemplo, si me pidieras…

—Frankie: lo que te pido es el nombre y la dirección de ese negro boxeador-sacerdote de vudú.

—Y yo te lo consigo en un chascar de dedos… si aceptas cenar conmigo esta noche.

—¡De acuerdo! —Se echó a reír Brigitte.

—¿Y yo qué? —Gruñó Grogan—. ¿Yo no ceno?

—Claro que sí —saltó Minello—… ¡Le están esperando las sopitas en casa, viejo tirano!

—No voy a cenar sopitas —aseguró Grogan, encarándose a Minello—. Voy a cenar lo mismo que vosotros, en vuestra compañía, y, además, tú vas a pagar la cena de los tres. ¿Está claro? ¡Y no me vengas con el llanto del aumento de sueldo y que soy un tacaño, pues sé perfectamente que Brigitte te ha regalado hace tiempo varios millones de dólares conseguidos con sus trapacerías de espía…! ¿Está claro? ¡¿Está claro?!

—Zambomba, cómo se pone este hombre por nada —se sorprendió Frankie—. ¿Acaso he dicho yo algo? ¿Me he negado a pagar la cena? ¿Eh? ¿Acaso me he negado?

—Por si acaso —mascullló Grogan.
—Podríamos ir al restaurante chino —sugirió Brigitte.
—Hombre, estupendo —se iluminaron los ojos de Miky Grogan; pero de pronto los volvió con enojo hacia Minello—… ¡Y no se te ocurra hacer tus eternas bromas estúpidas de que estamos comiendo mariposas, escarabajos, y ratas y porquerías parecidas!
—Las ratas son muy buenas —aseguró Frankie—. Bien criadas y cebadas con…
—Frankie… —Sonó amenazadora la voz de Grogan.
—Está bien, ya me callo. Bueno, vamos a ver. —Miró su reloj de pulsera, hizo unos cálculos mentales, y decidió—: Ahora Clinton está en el gimnasio, y no me parece adecuado llamarle allí para un asunto como éste…
—¿Qué asunto como éste? —inquirió Grogan.
—Hombre, supongo que Brigitte, o usted, o los dos, se están interesando por todo eso de los asesinatos en los que parece haber intervenido el vudú en varios sitios de los Estados Unidos durante las últimas cinco semanas. Desde luego, es bien raro lo que está pasando, y cabe temer que si ha pasado por ahí pasará aquí, en Nueva York: alguien querrá cargarse a algún negro que por un motivo u otro sea líder de algo, y para ello lo asesinarán con agujas, o le dejarán mechones de pelo de cabra, y cosas de esas… ¡Qué tontería! Eso son asesinatos, y punto. Lo que pasa es que la gente se lo cree todo…, si bien cabe esperar que la policía esté en la buena onda para resolver tan enigmáticos sucesos… Aunque no sé, si ahora resulta que Brigitte siente interés por ese asunto ya verán cómo la cosa se va a complicar, porque Brigitte, no sé cómo se las arregla, pero nunca interviene en pequeñeces propias de la policía, o sea, que igual nos enteramos dentro de unos días de que una misteriosa espía ha descubierto cualquier extraño complot internacional relacionado con vudú. Vamos, que me apostaría incluso un ojo… ¿De qué estábamos hablando?
—Santo Dios —jadeó Miky, dejándose caer en un sillón, todavía con expresión desorbitada.
Brigitte terminó por soltar una carcajada, y dijo:
—A ver cuándo aprende usted, Miky, que Frankie no tiene de tonto ni los calcetines tan horrorosos que acostumbra llevar.
—¿Por qué no me los compras tú? —propuso Frankie.

—Vamos a hacer un trato —rió de nuevo Brigitte—… Miky es quien va a pagar la cena por pensar una vez más que eres tonto. Yo pagaré el champán y mañana te compraré unos cuantos pares de calcetines. Y tú vas a llamar a tu amigo Clinton cuando sea el momento oportuno y te vas a enterar de todo lo que se pueda saber sobre ese *houngan* del vudú. ¿De acuerdo?

—Cuánto sabes… —Se embobó Minello, mirándola como a punto de desfallecer de amor.

* * *

—¿Qué sabe tu amigo Clinton del *houngan*, Frankie?

Éste se sentó, contempló con pena la mesa ya vacía de comida, pues hacía no menos de diez minutos que habían terminado de cenar, y, para consolarse, se bebió una copa de champán, colofón de una opípara y agradable cena china.

—Se llama Luther Kingford —dijo—, y la verdad es que Clinton no sabe demasiadas cosas de él.

—Pero insiste en que es un sacerdote del vudú.

—Ah, eso sí. Sí, sí. Bueno, ese tal Kingford vive en Harlem, en un apartamento cerca de Mount Morris Park, en la Calle 123 Oeste, casi tocando la Avenida Lenox. Clinton no sabe el número exacto, pero hay un bar llamado Cotton por esa zona que parece ser uno de los puntos preferidos de Luther Kingford para tomar unas copas y charlar con los amigos…

—Es decir, que hace una vida digamos… normal.

—Eso parece. Menos cuando se dedique a sus brujerías, claro.

—Claro. ¿A qué se dedica en su… vida normal?

—Clinton no lo sabe. Según parece, a nada.

—¿O sea, que vive del aire? Bien tendrá algún empleo, o alguna fuente de ingreso de dinero. Pero bueno, ya lo iremos sabiendo. ¿Está casado, tiene familia…?

—No, no. Eso lo sabe Clinton: vive solo. Es un tipo de más de metro ochenta y con una musculatura impresionante. Clinton dice que suele ser simpático. ¡Qué cosas, ¿eh?! Brigitte, no me digas que vas a ir a buscar a un brujo del vudú en pleno Harlem.

—¿Qué tendría eso de extraordinario? —se sorprendió Brigitte.

—Pues que Harlem es el barrio negro, tú eres blanca, y…

—Oh, no te preocupes por eso —sonrió la espía-periodista—… ¿Acaso has olvidado el simpático invento de Mc Gee, que tú y yo hemos utilizado más de una vez, y que se llama Blackcolor? Para tu tranquilidad, Frankie, te diré que ni iré como mujer blanca ni como la señorita Brigitte Montfort…

Capítulo II

Luther Kingford medía metro ochenta y seis, pesaba cerca de cien kilos de puro músculo, y la impresión que producía apenas verlo era la de un muchacho simpático pero capaz de partir en dos la estatua de La Libertad de una bofetada. Cabello corto, alargados ojos oscuros, boca ligeramente gruesa, y cuello de acero. No era, ni de lejos, la persona a la que uno pensara gastar una broma pesada.

En el Cotton Bar le conocían bastante bien. Es decir, le conocían bien de vista, o sea, de verlo con bastante frecuencia por allí. Tenía si no amigos sí muchos conocidos, todos los cuales habían llegado hacía tiempo a la conclusión de que lo mejor que se podía hacer con aquel gigante era seguirle la corriente. Es decir, que si él llegaba una tarde sin ganas de hablar, y se sentaba en un rincón a beber en silencio y como ausente su jugo de naranja, de tomate o lo que le viniese en gana, pues tan amigos y ahí te quedas. Esto era algo así como una consigna tácita.

Pero claro, lo sabían los habituales del Cotton, no cualquiera que pasara por allí casualmente y decidiera tomar una copa. Por ejemplo, la guapísima muchacha de cuerpo de escultura que estaba sentada a la barra y que cuando entró Luther se lo quedó mirando con inexpresiva atención, hasta que él fue a sentarse en su rincón de los silencios.

O sea, que aquel día Luther Kingford no tenía ganas de conversación. Pero, como la muchacha desconocida, evidentemente, no sabía esto, allá se fue directa y sin titubeos a la mesa de Luther. En la parroquia del local hubo desconcierto, guasa y curiosidad. Lo que a nadie se le ocurrió pensar ni por asomo fue que la chica guapísima pudiera ser una prostituta que buscase clientes que además fuesen guapos.

En fin, como fuese, allá ella.

Y a ver qué pasaba.

—¿Señor Kingford?

Luther alzó la mirada, que quedó fija en los espléndidos ojos de la desconocida. Con veloz vistazo pareció valorar la figura femenina, y volvió a la contemplación de los ojos.

—¿Qué quiere? —inquirió secamente.

—Si es usted Luther Kingford le agradecería que me concediera un par de minutos de su precioso tiempo. Ya veo que está muy ocupado.

Luther apretó los labios. Luego dijo:

—¿A qué viene esa ironía?

—Como no se ha puesto en pie para hablar con una señorita he supuesto que se debe a que está muy ocupado.

Luther alzó las cejas. Y de pronto sonrió.

—¿Quién es usted? ¿La reina de África?

—Me llamo Cecily Hamilton, trabajo en el New York Times, y me gustaría hacerle una entrevista en profundidad.

—Una periodista.

—Algo se ha de ser. ¿Qué es usted?

Una expresión entre colérica y divertida apareció en las viriles facciones de Luther Kingford.

—Tengo la impresión, señorita Hamilton, de que usted sabe perfectamente qué soy yo. Y eso es precisamente lo que la impulsa a pretender esa entrevista. Me imagino que querrá usted saber mi opinión y alguna cosa más sobre los asesinatos con sello vudú.

—Es usted admirablemente perspicaz, señor Kingford. ¿Puedo sentarme?

—Estoy esperando a un amigo que va a pasar a recogerme para ir a un sitio.

—Francamente, no es usted muy amable. Ni siquiera educado.

—¿Es más educada usted, que viene a meter las narices donde nadie la ha llamado?

—Estoy trabajando, señor Kingford. Y el público tiene derecho a saber todo lo que pasa.

—No diga tonterías. Siéntese, señorita Hamilton, pero no diga tonterías: el público está mejor ignorando muchas de las cosas que pasan a su alrededor. Y usted, que parece una persona inteligente, debería saber esto.

—Un periodista no puede decir eso —sonrió Cecily, que se había

sentado—… Sería como si usted dijera que las ceremonias vudú son unas divertidas farsas.

—¿Quiere tomar algo? —sonrió Luther.

—Sí, gracias: champán.

El *houngan* se la quedó mirando socarronamente. Luego paseó la mirada por el local, atestado de negros, que parecían todos pendientes de ellos dos; es decir, de Cecily, cuya belleza era como un regalo que la vida ofrecía aquella tarde a los clientes del Cotton Bar.

—Bueno —dijo por fin Luther—, esto no es un antro, sino un bar simpático y bastante decente, pero no sé si tienen champán.

—Sí tienen —sonrió Cecily—. Lo sé porque es lo que yo estaba tomando en el mostrador cuando ha entrado usted. Mire, señor Kingford, si no está usted en situación de convidarme a champán me gustaría convidarle yo a usted.

—Me parece una idea absolutamente perfecta —aceptó Luther.

Cecily Hamilton hizo una seña al barman, que la interpretó y se acercó a la mesa con la copa de ella y una botella de champán. Ella pidió otra copa, encendió un cigarrillo, y miró a Kingford, que miraba hacia la puerta.

—¿Realmente está esperando a un amigo?

—Sí.

—Supongo que también relacionado con el vudú.

—Tal vez.

—Su reticencia me indica que no está muy dispuesto a conceder una entrevista en profundidad. Y me parece que está cometiendo un error.

—¿Sí? —La miró interesado Luther—. ¿Por qué?

—Porque yo creo que todos esos asesinatos no son cosa del vudú, y si usted aportase alguna información que valiera la pena podríamos publicarla en mi periódico y hacer saber al público que el vudú no ha tenido nada que ver con eso.

—¿Haría usted una cosa así…, a pesar de que todo el mundo dice que esos asesinatos han sido realizados con la magia negra del vudú?

—Me gustaría hacerme famosa como periodista que aporta la verdad a la información ciudadana. Se me ocurre que usted y yo podríamos formar una especie de… equipo muy interesante: usted

me ayuda a mí informándome y yo le ayudo a usted informando al público de lo que usted quiere informarle.

Luther miraba fijamente a Cecily.

—Lo que está diciendo no es ninguna tontería, señorita Hamilton.

—No acostumbro decir tonterías.

El barman llegó con la copa para Kingford, y se alejó. Cecily sirvió champán a su invitado y volvió a llenar su propia copa. Kingford bebió un sorbito, y movió la cabeza con un gesto de agrado.

—¿La han enviado a usted del New York Times porque es negra?

—No. Me han enviado porque soy inteligente, y una buena periodista. Es claro que también había muchas otras chicas inteligentes y buenas periodistas, pero ellas eran blancas, y yo soy negra. Así que, en igualdad de condiciones profesionales, se consideró que para venir a Harlem yo era la indicada. Es muy simple.

—Sí, lo es —admitió Luther—… ¿Usted escribiría lo que yo le dijera que escribiese?

—Si no eran mentiras, sí.

—¿Ha oído hablar de la macumba?

—Naturalmente. Es una religión sincretista, base de la… vida espiritual en Brasil. Y en otros sitios, pero sobre todo en Brasil. La macumba es algo así como un conjunto de religiones y creencias resumidas en una.

—¿Sabe usted que hay muchísimas personas que opinan que la macumba y el vudú son prácticamente la misma cosa?

—¿Y no es así?

—Bueno… Tal vez en cuanto al modo de vivir… espiritualmente. A fin de cuentas, el vudú es también un conjunto de creencias que llegaron de África hace mucho tiempo, y la macumba es un extracto de creencias diversas a las que no son ajenas las ancestrales de África, y consecuentemente el vudú… ¿Sabía usted todo esto?

—A su manera usted me está diciendo que prácticamente son la misma cosa —sonrió Cecily—. ¿Incluso en la práctica de la magia negra?

—Señorita Hamilton: lo que usted llama «magia negra» la

practican todas las religiones del mundo. ¿Acaso el vudú es la única creencia en la que existen castigos, rencores y venganzas? Si se detiene a pensarlo verá que incluso las religiones de carisma bondadoso y suave tienen sus… peculiaridades en ese sentido. Hay religiones que amenazan con los infiernos y las excomuniones, religiones que te privarán del Paraíso tras la muerte, religiones que te imponen penas y castigos diversos… Obsérvelo: siempre se utiliza el temor y los castigos. ¿Por qué habríamos de esperar algo diferente del vudú y la macumba? Usted sabe, por ejemplo, que hace tiempo algunas personas se suicidaban cuando las excomulgaban… ¿Le parece que hay mucha diferencia entre eso y la maldición que acaba con la vida de un negro? De acuerdo, el vudú y la macumba tienen su parte… que llaman negra, su magia, sus., brujerías. Pero los demás también.

—Es un punto de vista a considerar —admitió Cissy—. Pero dígame: ¿por qué estamos hablando de la macumba, por qué la ha mencionado usted?

—Porque según parece todo esto que está ocurriendo es consecuencia de un enfrentamiento entre el vudú y la macumba.

—¿No hemos quedado en que es lo mismo?

—Millones de personas creen que no. De todos modos, aunque fuese parecido, aunque admitiésemos que están en una… misma línea mental y espiritual, no, no es lo mismo exactamente. Existe el vudú. Y existe la macumba. Tal vez como… dos hermanas que conviven.

—¿Y ahora se han enfrentado el vudú y la macumba?

—Estoy esperando noticias que podrían confirmar o negar eso.

—¿Por qué habrían de enfrentarse?

—No tengo idea.

Cissy Hamilton bebió otro sorbito de champán.

—Según entiendo —susurró—… esos diez asesinatos utilizando la magia negra del vudú ¿son en realidad alguna extraña maniobra por parte de la macumba?

—Es usted muy inteligente, señorita Hamilton.

—En efecto —sonrió Cissy—. Pero no hace falta serlo tanto para comprender eso. ¿De verdad no se le ocurre a usted qué podría pretender la macumba matando negros norteamericanos… como si fuese cosa del propio vudú?

—Cuando menos podemos comprender que pretende algo secreto, algo en lo que no sea mencionada la macumba. Por eso, según parece, comete los asesinatos utilizando las características del vudú, de la magia negra.

—¿Y qué piensan hacer ustedes? Cabría suponer que se disponen a darle una adecuada réplica a la macumba, ¿no?

—Depende de la entrevista de esta noche.

—¿La entrevista con ese amigo que ha de venir a buscarlo para ir a un sitio?

—Más o menos.

—Ya. ¿De dónde ha sacado usted que esto es… o podría ser cosa de la macumba?

—Está en la voz de nuestro pueblo.

—¿Nuestro pueblo? ¿Qué pueblo?

—Los negros de los Estados Unidos.

—¿De manera que nos consideramos… aparte de los demás norteamericanos?

—Para algunas cosas, sí. ¿No sabía usted que se está empezando a hablar del Pueblo Negro de América?

—No —murmuró Cissy Hamilton.

—Bueno, de cuando en cuando los secretos pueden ser guardados… aunque sea por poco tiempo. Ya sabe que siempre hay chivatos, en todas partes y en todos los órdenes. Naturalmente, gracias a esa clase de personas es como también hemos sabido que la macumba interviene en esto. Y no podemos comprender qué pretende la macumba incordiando al vudú. Es absurdo.

—¿Qué sucedería si en efecto se enfrentasen el vudú y la macumba?

Luther Kingford se estremeció.

—No quiero ni pensarlo —susurró.

—Ese… Pueblo Negro de América, si he entendido bien… ¿sería el compuesto por todos los negros de América, es decir, todas las personas de raza negra que actualmente viven en el continente americano desde Alaska a la Tierra del Fuego?

—Sí. Sería hermoso que espiritualmente todos los negros formásemos un solo pueblo, ¿no le parece?

—A mí me parece que sería hermoso que formásemos un solo pueblo espiritualmente todos los seres humanos del planeta Tierra,

señor Kingford. Y también sería hermoso que formásemos un solo pueblo en paz y próspero desde el punto de vista económico y político… ¿Qué opina sobre esto?

—Que es imposible. Los blancos y los amarillos nunca se unirán de ese modo con los negros, nunca podremos formar un solo pueblo con una sola frontera. Sea como sea, los negros del mundo, al igual que los blancos, naturalmente, siempre estaremos separados por fronteras. Pero al menos podemos estar unidos espiritualmente.

—Ya. Pero dígame: ¿bajo las consignas del vudú… o las de la macumba?

—Según parece ésa es la cuestión. Nosotros, los del vudú, pensamos que alguien pretende desprestigiarnos…, lo cual podría ocasionar que la macumba tomase la dirección espiritual de todos los negros de América. Pero no creo, personalmente, que la macumba sea culpable de esto, y la prueba está en que ha venido a Nueva York María Carballeira.

—¿Quién es María Carballeira?

Luther se quedó mirando dubitativamente a Cissy. Por fin, movió la cabeza con gesto negativo.

—Dígame a donde puedo llamarla mañana, señorita Hamilton, y tal vez podamos sostener una charla más completa que ésta. Y hasta podría ser posible que aceptase su ofrecimiento de antes respecto a publicar determinadas cosas.

—¿Eso quiere decir que no desea que publique nada de lo que hemos hablado hasta aquí?

—Sería preferible…, en bien de todos.

Cissy Hamilton frunció el ceño, estuvo unos segundos pensativa, y luego murmuró:

—Naturalmente, el nombre de María Carballeira me suena a portugués, y por tanto a brasileño… ¿Tal vez esa mujer es una «Madre» de la macumba, señor Kingford? ¿Ella es una «Madre» de la macumba que ha venido expresamente a Nueva York para entrevistarse con alguien… importante del vudú, como usted, por ejemplo?

Luther se quedó mirando con terrible fijeza a Cissy Hamilton, que sonrió simpáticamente. El atleta negro pareció retorcer de mala gana una sonrisa en sus labios.

—Realmente inteligente, sí —murmuró—. Es usted

extraordinaria.

—Escuche —Cissy deslizó una mano por encima de la mesa y la posó sobre una de Luther—, déjeme acompañarle. Déjeme ver a esa «Madre». No voy a intervenir en nada, sólo quiero ver y escuchar. Puedo ayudarles mucho más de lo que usted cree, Luther. Se sorprendería si supiera la de resortes que puedo mover en muchos sitios. Y le aseguro que no publicaré nada de todo lo que usted me confíe hasta que me autorice a hacerlo.

—Si la han enviado a hacer un reportaje tendrá que hacerlo.

—Puedo ir saliendo del paso publicando cosas muy interesantes pero no vitales. No deseo de ninguna manera contribuir al enfrentamiento entre el vudú y la macumba. Pero por favor, permítame acompañarle a ver a María Carballeira.

Luther Kingford estaba mirando siempre fijamente los ojos de Cissy Hamilton, y se percibía claramente su vacilación. Los parroquianos del Cotton Bar se habían desentendido de ellos, pues habían comprendido que Kingford no habría de echar ya de su lado a la bellísima muchacha, que parecía haberse ganado su confianza rápidamente. Era evidente que Cissy Hamilton tenía… algo especial que cautivaba.

—¿Cómo ha dado conmigo? —preguntó por fin Luther.

—Por medio de un tal Clinton, el entrenador del gimnasio al que usted acude a entrenar boxeo de cuando en cuando.

—Ah, ya. Bien…

—Por favor, Luther.

La mirada de éste se desvió de pronto hacia la puerta del bar, y Cissy vio su cambio de expresión. Miró vivamente hacia allí, y vio al hombre que le hacía señas a Luther, y que desapareció rápidamente. Cissy volvió a mirar a Luther Kingford, que tras un último titubeo farfulló:

—Está bien, acompáñeme. Pero recuerde: ver, oír y callar. Y si me miente y publica algo a lo que yo no la haya autorizado…, aténgase a las consecuencias.

—¿Me echaría una maldición vudú? —sonrió Cissy.

—Señorita Hamilton: yo no necesito el vudú para partirle el alma a una persona. Vamos: no quiero hacer esperar a Ronnie ahí fuera.

Cissy Hamilton dejó unos billetes para pagar el champán,

recogió su bolso, y se fue en pos de Luther Kingford. Cuando salieron a la calle no vieron al negro llamado Ronnie, pero sí el viejo coche Dodge pintado de negro y de cuyos faros brotó un destello. Luther señaló ese automóvil, y los dos fueron a sentarse en la parte de atrás. Sentado ante el volante, Ronnie volvió la cabeza, miró entre sorprendido y especulativo a Cissy, y luego a Luther, preguntando:

—¿Quién es?

—Una amiga.

—Escucha, Luther, si vamos a…

—Arranca, Ronnie. Ella es una negra demasiado inteligente para dejarla en tierra. ¿Has tenido problemas? ¿Tienes la dirección exacta?

—No ha habido problemas y tengo la dirección exacta. Pero quiero recordarte que la entrevista con ella es secreta.

—Podríamos decir que soy una mambo —sugirió Cissy.

—Si empezamos a endosarle mentiras a María Carballeira…

—¿Por qué mentiras? —sonrió Cissy Hamilton—. ¿Quién le dice a usted que no soy realmente una mambo, Ronnie?

—La conoceríamos, ¿no?

—¿Por qué? Puedo haber aprendido y practicado lejos de aquí. Por ejemplo, en el Caribe, donde también practican el vudú, ¿sabe?

—Muy graciosa —gruñó Ronnie.

—Sí —sonrió Luther Kingford—, es simpática. Bueno, vamos allá.

Ronnie encogió los hombros, se volvió hacia el volante, y arrancó.

Capítulo III

Había anochecido cuando Ronnie detuvo el coche al otro lado del Harlem River, el cual habían cruzado pasando por el Macombs Dam Bridge, después de dejar atrás las Harlem River Houses. Cuando Ronnie apagó el motor la señorita Hamilton estaba mirando la casa frente a la cual se habían detenido. En la planta baja había una tienda de ropas de confección, que ya había cerrado. Arriba había otras dos plantas, pero sólo había luz en la primera.

—La «Madre» está arriba —dijo Ronnie—… Ahora saldrán a recibirnos.

Miró hacia la fachada de la casa, como esperando ver ya a alguien saliendo. Pero nadie salía, ni de la tienda ni de la puerta que había junto a la de aquélla. Ronnie estuvo unos segundos mirando, a la espera, y terminó por tocar el claxon muy suavemente un par de veces.

—Qué raro —murmuró—… Quedamos en que…

Un grito llegó hasta ellos, procedente de la casa.

Pero no un grito… normal, sino un grito espeluznante, que estremeció toda la piel de Cissy Hamilton y puso su fino vello de punta. Kingford respingó, y Ronnie quedó demudado. Fue un grito que pareció penetrar en sus cuerpos como un acero frío que fuese desgarrando brutalmente sus carnes. Fue un grito sencillamente horroroso, conteniendo todo el dolor, la furia y el miedo del mundo.

Con los ojos muy abiertos Cissy se volvió a mirar a Luther, que tras un instante de inmovilidad exclamó:

—¡Vamos a ver qué pasa!

—¡Espera, Luther! —pidió Ronnie—. ¡Si es alguna cosa de la macumba que…!

—¡Esperadme aquí! —no le dejó terminar Kingford.

Estaba ya fuera del coche, corriendo hacia la casa. Cissy salió detrás de él sin vacilar, y lo alcanzó cuando el *houngan* estaba

empujando la estrecha puerta junto a la de la tienda. Lo hizo como esperando encontrarla cerrada, con tal impulso que al abrirse la puerta se precipitó dentro casi cayendo de rodillas.

Cissy entró tras él, y señaló el tramo de escalones ascendente y a cuyo final había un rellano. Kingford la agarró de un brazo y gruñó:

—Vuelva al coche.

—No —replicó Cissy.

Él parpadeó, frunció el ceño, la soltó, y se lanzó escaleras arriba ágilmente, seguido con no menos agilidad por la muchacha. Llegaron a un alargado descansillo en cuyo extremo opuesto arrancaba otro tramo de escaleras, pero Cissy señaló la única puerta que había allí, cerca de ellos.

—Había luz en el primer piso, pero no en el segundo —dijo.

Luther asintió, puso la palma de la mano en la puerta, y empujó. La puerta cedió, y los dos entraron en el apartamento, donde en efecto las luces estaban encendidas.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Cissy.

Luther no contestó. Estaban en una salita amplia que servía de recibidor. Era un lugar discreto, sin lujos ni miserias. Más bien confortable. No había nadie allí, de modo que Luther se lanzó pasillo adelante, empujando las puertas de las habitaciones del lado derecho, mientras Cissy lo hacía con las del lado izquierdo…

—Luther —llamó ella, tras abrir una de las puertas.

Él se acercó rápidamente, y miró al interior de la habitación.

La «Madre» de la macumba estaba allí.

Era una mujer que debía de tener unos sesenta años, más bien gruesa, de cabellos blanquísimos, casi tanto como la larga túnica que vestía. Yacía como desparramada en una butaca cerca de la cama, apuntando hacia la puerta con sus descalzos pies rechonchos. Permanecía inmóvil, y sus facciones estaban como retorcidas, la boca abierta y mostrando la lengua, los ojos casi fuera de las órbitas…

—Está muerta —dijo enseguida Cissy, acercándose.

—¡No te acerques! —exclamó Luther—. ¡No la toques!

Cecily obedeció, sin dejar de mirar a la mujer de blancos cabellos que tenía ante ella. ¿Había sido ella la que había gritado? Cabía pensar, con buena lógica, que le había sobrevenido la muerte entonces, y que había gritado ante la agresión que la había

ocasionado. Pero… ¿qué agresión?

Luther Kingford se había plantado ante la «Madre», y la contemplaba, buscando también, evidentemente, las causas de su muerte. Le movió un poco la barbilla, y vio la señal en su cuello. Parecía como un ligero cordón hecho con harina, y la piel se arrugaba en algunos sitios, formando pliegues diminutos.

—La han estrangulado —susurró Cissy, que se había colocado junto a Kingford—… La han estrangulado con una cuerda. Pero no ahora, Luther, sino hace rato.

—¿Cómo sabes que no ha sido ahora? —murmuró él.

—Porque está fría.

—¿Y cómo sabes que está fría? —Gruñó Luther.

—Lo sé. Tócala y verás.

Mientras decía esto Cissy adelantó una mano, y puso dos dedos en un lado del cuello de María Carballeira, encontrando el cuerpo efectivamente frío…

Por un instante, la mente de Cissy Hamilton quedó en blanco, al observar aquel movimiento extraño en los gruesos senos de la «Madre». Mejor dicho, no se movían los senos, sino algo entre los senos. Fue un movimiento veloz, ondulante, insólito… y al instante siguiente la cabeza de una víbora asomaba por el breve escote redondo de la túnica de María Carballeira.

Apareció veloz como un relámpago, vivaz, emitiendo un siniestro sonido deslizante, un siseo escalofriante, y Cissy Hamilton no pudo contener el grito de espanto ni el tremendo salto hacia atrás que la hizo finalmente caer sentada al suelo, mostrando sus bellas piernas al alzarse la falda.

Por su parte, Luther Kingford se había sobresaltado no menos, retrocediendo también de un salto, mientras la culebra ascendía con velocidad increíble y se enroscaba en el cuello de la «Madre», como en un juego que la vista casi no podía seguir. Hubo un momento en que se vio a la culebra rodeando por completo el cuello de María Carballeira, talmente como una soga de vivos y bonitos colores formando anillos. En la pequeña cabeza los ojos parecían cristales congelados.

—Dios… bendito —jadeó Cissy.

La culebra saltó desde el cuello de María Carballeira directamente al suelo, y se deslizó, siempre con velocísimos

movimientos reptantes, hacia donde Cecily permanecía sentada con las piernas separadas y al descubierto… Al ver acercase la culebra a ella Cissy lanzó un grito, y se puso en pie de un salto…, mientras Kingford, reaccionando también, daba dos pasos hacia la víbora, y de un puntapié la lanzaba contra una de las paredes.

El reptil silbó siniestramente, se enroscó y desenroscó en el aire, dio contra la pared, y cayó al suelo siempre formando anillos multicolores y silbando. Debía de tener una longitud no inferior al metro, y parecía la representación de la velocidad y la muerte.

Kingford se acercó a ella, e intentó aplastarla con los pies, pero el reptil escapaba una y otra vez, reptando hacia todos lados con velocísimas sacudidas.

—Ten cuidado —advirtió Cissy—… ¡Es una víbora venenosa!

Luther ni siquiera contestó. Seguía y perseguía a la culebra, que parecía adivinar sus gestos y sus tremendos pisotones, poniéndose siempre fuera de su alcance… Finalmente, el pie izquierdo de Kingford cayó sobre el animal, aplastándolo contra el suelo presionando muy cerca de la cabeza.

—¡Cuidado! —insistió Cecily—. ¡Si te muerde…!

Luther Kingford se inclinó, y cuidadosamente, con los dedos índice y pulgar de la mano derecha, asió a la culebra por detrás de la cabeza, por la parte que podría denominarse nuca, aprovechando que, mientras todo el cuerpo del animal se agitaba y golpeaba el suelo con fuertes latigazos que chascaban siniestramente, la cabeza apenas podía moverla. Los dedos del *houngan* presionaron con tal fuerza que era imposible que la víbora pudiera volver la cabeza hacia él, pero en cuanto le quitó el pie de encima el cuerpo se enroscó frenéticamente en su brazo.

Entonces sucedió algo que dejó a Cissy Hamilton paralizada: Luther Kingford encaró la culebra con él, y sus negros ojos quedaron fijos en los del reptil, que talmente parecían de hielo verdoso. Poco a poco, los movimientos de la culebra fueron perdiendo fuerza y rapidez, y finalmente todo el cuerpo quedó colgando de la mano del *houngan*, como una simple cuerda de vistosos colores.

—¿La has matado? —susurró Cissy.

—No. La he dormido. Busquemos algo donde podamos meterla para conservarla viva y examinarla bien.

Cissy fue al armario, lo abrió, y examinó de un vistazo su contenido, sin encontrar nada que le pareciera adecuado. Salió del aquel dormitorio, y regresó apenas un minuto más tarde, portando una bolsa deportiva con cremallera. Luther asintió al verla, metieron dentro a la culebra, y la cerraron.

La bella periodista señaló a María Carballeira.

—¿Crees… que la ha estrangulado la culebra? —preguntó.

Luther se acercó al cadáver de la «Madre», asió los bordes del breve escote, y tiró de ellos hacia los lados, rasgando la túnica y dejando al descubierto el sólido cuerpo de María Carballeira… Sobre los pechos y el vientre pudieron ver las inconfundibles señales de los mordiscos que había asestado la víbora en aquellas carnes negras que parecían ahora de terciopelo viejo. En varios sitios destacaban, como diminutos granos de arroz, las señales de las picaduras.

Luego, Luther Kingford examinó las manos de María Carballeira, en las que también se veían algunas señales de picaduras.

—Tengo el presentimiento —susurró— de que la víbora no puede matar con su veneno. Es decir, ya no tiene veneno: se lo quitaron.

—¿Quieres decir… que ha matado a María estrangulándola? Porque lo seguro es que ha muerto estrangulada, sólo hay que ver su rostro, su expresión, las facciones crispadas, la lengua fuera, los ojos desorbitados… Ella ha muerto estrangulada, Luther…, dejando aparte si la culebra tiene o no tiene veneno. Lo seguro es que no fue ella quien gritó, pues cuando nosotros llegamos abajo ya llevaba tiempo muerta.

—¿Te atreverías a calcular cuánto tiempo? —La miró Luther.

—Entre media hora y una hora.

—¿Seguro?

—Sí, seguro —dijo firmemente Cissy Hamilton—. Luther: ¿puede el vudú enviar una serpiente a alguien y conseguir que estrangule a esa persona?

—El vudú lo puede todo —murmuró Kingford.

—¡Estoy hablando en serio!

Él la miró como si la viese por primera vez.

—Yo también —dijo secamente—… Ve a decirle a Ronnie que suba, y tú quédate en el coche. Bajaremos a María Carballeira y nos

la llevaremos de aquí. Esto no le va a gustar nada a *Houngan Master*, después de lo que le costó hacer venir a María Carballeira desde Río de Janeiro.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Cissy—. ¿Quién es *Houngan Master*?

—*Houngan Master*, como su nombre indica —la miró fijamente Luther Kingford—, es el Maestro de *Houngans*. Mi maestro, y el de muchos otros *houngan* de los Estados Unidos.

—Pero… ¿qué está pasando aquí? ¡Nunca había oído hablar de un Maestro de Sacerdotes del Vudú! ¿Quién es él? ¿Dónde está?

—Ve a llamar a Ronnie. Éste no es momento de explicaciones, y espero que lo entiendas.

—Sí.

Cissy abandonó el dormitorio, y luego el apartamento. Descendió el tramo de escalones que llevaba a la entrada al edificio, y cuando estaba cerca de la puerta vio otra puerta a la derecha. Naturalmente: aquella puerta comunicaba con la tienda que había en la planta baja…

¿No había nadie allí?

Empujó la puerta en cuestión, que también estaba abierta, como parecían estarlo todas en aquel edificio. Dentro, tal como se veía desde la calle, todo estaba a oscuras. Cissy tanteó la pared de su izquierda junto a la puerta, en busca del interruptor; lo halló, y lo accionó.

Enseguida vio los dos cuerpos humanos tendidos en el suelo, en el centro del local.

Y enseguida también vio que eran negros.

Y vio las largas agujas.

Como en trance, Cissy se acercó a los dos hombres negros, que yacían boca arriba, brazos y piernas separados del cuerpo, formando una X. Los dos estaban acribillados por largas agujas de no menos de medio metro que se hundían en sus cuerpos, desde los pies a la cabeza. Había agujas clavadas en los tobillos, en las pantorrillas, los muslos, abdomen, pecho, cuello, cara, y una en cada ojo de ambos hombres. El espectáculo era sencillamente horripilante, de modo especial debido a las agujas que se hundían en los reventados ojos de los dos desdichados, que, por supuesto, estaban muertos.

Cissy Hamilton cerró los ojos, y estuvo así unos segundos. Luego salió de la tienda, y llamó:

—¡Luther!

El *houngan* apareció en lo alto del tramo de escalones, con expresión alarmada. Iba a preguntar algo, pero vio el gesto de Cissy, y simplemente bajó a reunirse con ella. Cissy señaló el interior de la tienda, y Kingford entró, acercándose en el acto a los dos cadáveres. Junto a él Cissy veía su alterado rostro.

—¿Los ha matado el vudú? —preguntó quedamente.

—Eso parece.

—¿Quiénes eran?

—No los conozco. Ronnie fue quien se encargó de estos contactos para concertar la cita inicial entre María Carballeira y yo, tras la cual, si en principio había un acuerdo de mutua confianza, yo habría llevado a María a ver a *Houngan Master*. Supongo que estos dos hombres son amigos de María… Uno de ellos debe de ser el dueño de la tienda, y el otro el que ha estado tratando la cita con Ronnie…

—Los dos de la macumba, claro.

—Sí. Ve a decirle a Ronnie que venga. Nos llevaremos a María y a estos dos hombres, no podemos dejarlos aquí, pues intervendría la policía.

—Tal vez la policía conseguiría…

—¡No! ¡Nada de policía mientras podamos evitarlo! ¡Ya están las cosas demasiado mal como para permitir que intervenga la policía para complicar todo aún más!

—Quizá tengas razón —admitió Cissy—: a la policía todo esto del vudú y la macumba no le impresionaría en absoluto, pues para ella todo esto son puros y simples asesinatos… Y lo mismo piensan de esas muertes de líderes negros repartidos en Estados Unidos.

—Sé muy bien lo que piensa la policía y el público en general respecto a todo esto, pero para mí presenta un aspecto muy claro que me preocupa más que unos cuantos asesinatos: se están enfrentando el vudú y la macumba, y las cosas se van a poner al rojo vivo después de la muerte de María y estos dos amigos suyos. Llama a Ronnie.

Cissy salió de la tienda, y regresó al poco con Ronnie, que estaba nerviosísimo, y miraba a todos lados con ojos saltones. Entre él,

Kingford y Cissy sacaron de allí a los dos hombres y se las arreglaron para meterlos en el maletero del Dodge. Inmediatamente, Kingford y Ronnie subieron a por el cadáver de la «Madre» de la macumba María Carballeira, mientras Cissy se quedaba en el coche, sentada ante el volante. Por fortuna era un lugar poco concurrido, de modo que hasta el momento habían podido hacer las cosas sin que nadie se percatase…

Nadie.

No había nadie por allí.

E incluso había un silencio… estremecedor.

Detrás estaba nada menos que la ciudad de Nueva York, resplandeciente de iluminación eléctrica. Alrededor todo era vida y bullicio. Pero allí, en aquella calle cercana al Harlem River, había un silencio inusitado, por completo anormal.

Y no se veía a nadie. Ni una sola persona.

Cissy Hamilton salió del coche, y se acercó a la puerta del edificio, asomándose al interior de éste. Kingford y Ronnie bajaban ya a María Carballeira, que parecía algo enorme y blando, y que resultaba difícil de manejar.

—Sube a por la bolsa con la víbora —dijo Luther—… ¡Deprisa!

—Está pasando algo —advirtió Cissy—… Algo extraño. No se ve a nadie, ni se oye nada. Es escalofriante.

Luther la miró, asintió, e hizo un gesto hacia arriba. Cissy subió, recogió la bolsa con la víbora, que permanecía quieta, y regresó a la calle. Luther y Ronnie estaban terminando de acomodar en el asiento de atrás a María Carballeira, talmente como si estuviese viva y se hubiera dormido, colocando su rostro ladeado.

—Tú y yo iremos con ella aquí atrás —dijo Luther—. Procuraremos…

Entonces comenzaron a oírse las maracas.

Capítulo IV

Ronnie respingó, y exclamó:

—¿Qué es eso?

Ni Luther ni Cissy contestaron. Las maracas se oían muy claramente, con un ritmo lento y como amortiguado. Parecía llegar de todas partes, era como si estuviesen metidos en una caja de resonancia.

—Parecen maracas —se contestó Ronnie a sí mismo.

—Tenemos que marcharnos de aquí —susurró Luther.

—Yo conduciré —dijo Cissy.

—¡No! Deja que sea Ronnie quien…

Cecily Hamilton no le hacía caso. Estaba sentándose ya ante el volante. Las maracas se oían con volumen creciente, y parecía que cada vez había más y más maracas sonando.

Cien maracas, quizá mil maracas; era imposible saberlo… Pero no tenían el aire alegre habitual en ellas, sino que sonaban como sombríamente, de un modo insólitamente siniestro, inédito.

De pronto comenzaron a aparecer los negros, procedentes de los dos extremos de la calle. Todos llevaban camisa blanca y movían un par de maracas, lentamente. Quizás había treinta hombres en total, todos negros, todos con camisa blanca, todos haciendo sonar lentamente las maracas. No se oía ningún otro sonido: sólo las maracas.

—La macumba —jadeó Ronnie—… ¡La macumba!

Cecily volvió la cabeza hacia él, pareció a punto de decir algo, pero desistió. Luther Kingford soltó un gruñido. Cecily dio el encendido, el motor rugió.

—No vamos a poder pasar —dijo Ronnie—: todo está lleno de…

—Cállate —masculló Kingford.

Los negros de las maracas seguían haciendo sonar éstas, sujetándolas con una sola mano. Con la otra empuñaron navajas,

cuyas hojas aparecieron a la luz emitiendo destellos. Era algo por completo alucinante, y resultaba más amedrentador y horroroso precisamente debido al silencio en que se mantenía el grupo de negros, que se iba acercando al coche, dispuestos a rodearlo.

Cissy movió el volante, maniobró, y dirigió el coche sin titubeos hacia la línea de negros que se acercaban lentamente, blandiendo las maracas y las navajas. Lanzó unos destellos de luz e hizo sonar el claxon fuertemente varias veces, pero nadie se apartó de delante del coche. Cissy maniobró rápidamente, dio la vuelta, y se acercó al otro extremo de la calle, con la idea de que quizá los negros de aquella parte sí se apartarían cediendo el paso al automóvil.

Pero no fue así.

Por el contrario, el cerco se iba estrechando más a cada segundo que pasaba, y talmente parecía que las maracas estuviesen sonando dentro del coche.

—Cerradlo todo —dijo Cissy—: vamos a pasar.

Ventanillas y portezuelas fueron cerradas. Cissy dirigió el coche resueltamente hacia la línea del cerco, tocando de nuevo el claxon. Era imposible que aquellos hombres dejaran de darse cuenta de que ella estaba dispuesta a pasar fuese como fuese, pero nadie se apartaba. Cissy apretó los labios, y continuó conduciendo hacia los negros, que estaban ya a menos de diez metros.

De repente, sin dejar de tocar las maracas, se abalanzaron todos a una contra el coche, que pareció quedar sepultado. En los cristales comenzaron a sonar los golpes de las maracas y de las navajas, y los rostros enfurecidos de los asaltantes parecían aplastarse contra los cristales como si fuesen de masa de harina negra. Relucían los ojos y las navajas. Apareció un martillo, que golpeó fuertemente en el cristal parabrisas, justo delante del rostro de Cecily, que respingó y no vaciló más: apretó con decisión el pedal del gas.

El Dodge pareció saltar, lanzando alrededor a varios negros, derribándolos. En las ventanillas laterales varios martillos golpeaban fuertemente. El cristal de la ventanilla junto a la cual estaba Ronnie reventó, lanzando al interior del vehículo una lluvia de diminutos cristales, algunos de los cuales fueron a caer sobre los blancos cabellos de María Carballeira, como adornándolos con diamantes.

Por el hueco de la ventanilla entraron varias manos, empuñando

martillos, navajas y maracas. Ronnie y Kingford se apresuraron a golpearlas como pudieron, mientras Cissy apretaba más el acelerador. Los negros, que se habían subido al capó y al techo del coche, golpeaban cada vez más frenéticos, abollando el coche en todas partes y convirtiéndolo en un gigantesco tambor metálico que acompañaba el ritmo de las maracas. Delante del rostro de Cecily un negro seguía golpeando el parabrisas con un martillo, y parecía imposible que aún no lo hubiera roto. Ante Cissy todo eran ojos saltones, rostros deformados por la ira, golpes, ritmo de maracas…

Aspiró hondo, y terminó de apretar el pedal del gas… El coche saltó de nuevo, lanzando alrededor cuerpos humanos que rebotaban sobre el asfalto. Frente al morro se colocaron media docena de hombres, pero Cissy no frenó, golpeó a dos o tres de ellos, y los otros fueron apartados. El coche pasó por lo menos por encima de tres de ellos, rompiendo definitivamente el cordón y rodando hacia el extremo de la calle. Por detrás llegaron maracas y martillos, golpeando la carrocería. Algunos negros insistieron en detener el coche, en sujetarlo, pero fueron derribados y arrastrados… Sobre el techo había todavía dos hombres, sin dejar de golpear. Cissy trazó un par de zigzag rapidísimos, y los dos salieron despedidos, cayendo duramente a la calzada.

El coche se alejó, ya libre, dejando atrás las maracas, los martillos, las navajas y los enfurecidos seguidores de la macumba.

* * *

El doctor Robinson, por supuesto de raza negra, se acercó a Luther y dijo:

—Desde luego ha muerto estrangulada. En cuanto a los otros dos, fueron golpeados y luego muertos por medio de las agujas. ¿Qué es lo que está pasando exactamente, Luther?

—¿Exactamente? —Gruñó Luther—. ¡Eso es lo que yo quisiera saber!

—Cada vez se habla más de un enfrentamiento entre el vudú y la macumba.

—¡Ya lo sé! Pero no sé cómo, ni quién ni cuándo ni por qué ha iniciado todo esto.

—Bueno, tenemos tres personas muertas aquí —movió la cabeza

el médico—, lo cual no es en absoluto conveniente. Si la policía las encontrase todos lo íbamos a pasar muy mal, porque a ellos no les vengas con cuentos de vudú y macumba… Algo tenemos que hacer.

—Estoy esperando una llamada que sin duda me autorizará a visitar a *Houngan Master*, y espero que él encuentre alguna solución. Mientras tanto deberías encargarte de los tres cadáveres, como sea. ¿Puedes esconderlos en algún sitio seguro?

El doctor Robinson torció el gesto, pero se resignó.

—Los taponaré para contener su hedor y los esconderé, pero quiero soluciones pronto. Yo soy un médico ante todo, Luther. Hay cosas que no puedo hacer.

—Lo sé. Intentaremos apartarte de esto lo más pronto posible.

—De acuerdo… De acuerdo, está bien.

El médico retornó junto a donde habían sido depositados los cadáveres, en un pequeño despacho situado al fondo de un taller de reparaciones de coches propiedad de un amigo de Luther. Este mismo había conducido el coche hasta allí, consiguiendo llegar sin llamar demasiado la atención, y, sobre todo, sin ser interceptado por ningún coche patrulla, pese a lo espectacular del abolladísimo Dodge circulando por las calles de Harlem. El vehículo había quedado en tal estado que desde el garaje sería llevado directamente a una fundición.

Mientras tanto, Luther necesitaba otro coche, y Ronnie había salido a buscarlo, a fin de no utilizar ninguno de los que había en el taller de Baldwin, el amigo de Luther. Pero Ronnie no regresaba, y Luther se estaba impacientando. También se estaba haciendo esperar la llamada telefónica en respuesta a la que había hecho él al llegar al taller, junto a cuya puerta esperaban Luther y Cissy, ésta fumando, demostrando una gran serenidad.

—Será mejor que vayamos al despacho —dijo Luther—. Me parece que voy a llamar de nuevo.

Estaban a mitad de la pequeña nave cuando oyeron sonar el teléfono en el despacho. Luther terminó el recorrido corriendo, de modo que cuando Cissy entró él ya estaba hablando por teléfono. Cissy sólo le oyó unas pocas palabras asegurando que allá iba, y Luther colgó.

—Bien —murmuró—… El viejo maestro quiere verme, naturalmente.

—¿Has hablado con él? —preguntó Cissy.

—No. He hablado con alguien que ha hablado con él. Me recibirá esta misma noche.

—Es lógico. Las cosas no están como para ponerse a dormir.

Luther Kingford asintió, y se quedó mirando especulativamente a la bella Cissy Hamilton, que simuló no darse cuenta y dedicar su atención al trabajo del doctor Robinson taponando la boca, oídos y fosas nasales de María Carballeira y los dos negros acribillados con agujas. De pie en un lado del despacho estaba Baldwin, en pijama, en absoluto tranquilo. Pero, evidentemente, todos bailaban al son que tocaba Luther Kingford, el cual, de pronto, masculló:

—¿Qué vamos a hacer contigo?

Cissy le miró sosegadamente.

—¿Conmigo? —Pareció sorprenderse—. No creo que tengas que hacer nada especial. Además, tenemos tiempo de hablar de eso, después de que hayamos ido a visitar a *Houngan Master*.

—¿Qué? —Se pasmó con gesto de guasa Luther—. ¡No me digas que crees que vas a venir con nosotros a visitarlo!

—¿Me vas a matar, Luther?

—¡Pero qué dices…! ¡Claro que no!

—Pues si no vas a matarme no podrás impedir que yo vaya a ver a *Houngan Master*. Escucha, hemos hecho un trato, ¿verdad?: yo diré en mi periódico lo que tú quieras que diga y cuando tú quieras que lo diga…, pero mientras tanto no puedes tratarme como si desconfiases de mí o como si fuese una tonta que tendrá que decir lo que tú quieras sin haber visto ni oído nada ni haberse enterado de nada. De eso ni hablar, ¿comprendido?

—Simplemente, creo que deberías volver a casa.

—Ya soy mayorcita para que me digan lo que tengo que hacer. Quiero ver a *Houngan Master*, y estoy segura de que él también entenderá que puedo ser de utilidad al vudú…, y a la situación creada entre éste y la macumba.

Luther Kingford permaneció en silencio.

El doctor Robinson, que los había estado mirando con curiosidad, se dedicó de nuevo a su labor, acondicionando los cadáveres.

Ronnie tardó todavía diez minutos más en llegar, cuando la paciencia de Luther era inexistente. Se iba a dirigir a él con actitud

irritada, pero algo en la expresión de Ronnie le hizo permanecer callado. También Cecily se dio cuenta de que ocurría algo nuevo, y no precisamente agradable.

—¿Te has enterado de algo nuevo, Ronnie? —preguntó.

Ronnie ni siquiera la miró, fijos sus ojos en Luther Kingford.

—Se está corriendo la voz —dijo con tono ahogado— de que la macumba ha enviado a Haití a varios de sus miembros, y que éstos han sacrificado a varios niños para arrancarles las entrañas y echarlas al mar a fin de obtener buena pesca en las costas brasileñas.

—Dios mío —susurró Cissy.

Luther no dijo nada. Tenía la mirada hierática, los labios apretados. Estaba muy extendida la creencia de que echando al mar entrañas de niño se obtenían grandes capturas de pesca. Y al parecer, los pescadores de la macumba habían recurrido al sortilegio…, pero con niños de Haití, el foco por excelencia del vudú. Parecía como un desafío definitivo, un enfrentamiento total.

—Está bien —dijo por fin Luther—. Ahora vamos a ver a *Houngan Master*, le explicaremos todo, y veremos qué decide él. Supongo que has conseguido un coche.

—Claro.

* * *

El coche se detuvo, finalmente, delante de una granja situada cerca de la orilla derecha del Ramapo River, y a un par de millas de la localidad de Harriman, a unos sesenta kilómetros de Harlem. Durante el viaje Luther había explicado a Cissy que allá vivía el viejo y respetado *Houngan Master*, retirado hacía tiempo de cualquier actividad…, excepto las relacionadas con el vudú de un modo muy directo y sólo a altos niveles.

—Algunos piensan que *Houngan Master* ya no sirve para nada —había dicho Luther—, pero lo cierto es que él es quien hasta ahora ha mantenido unido el vudú no sólo en Nueva York y en todo el estado, sino en muy buena parte de toda la costa atlántica de Estados Unidos.

—Pero… ¿qué hace? —se había interesado Cissy.

—Él no hace nada. Sólo ve lo que los demás hacen.

—¿Lo ve? ¿Cómo lo ve, si no se mueve de esa granja?

—Él sabe —replicó enigmáticamente Luther—... Él sabe, eso es todo.

Ahora, detenido el coche ante la pequeña granja, nadie decía nada.

Ronnie, que había conducido, había apagado el motor y todas las luces del coche. Los tres esperaban, y eso era todo. Cissy Hamilton empezó a pensar que fatalmente llegaría el momento en que tendría que usar la pequeña pistola que llevaba en su bolso. Luther, en silencio, sostenía sobre sus rodillas la bolsa deportiva que contenía la culebra, que ahora se movía de cuando en cuando.

A la luz de la luna creciente Cissy vio abrirse la puerta de la granja. Apareció un hombre, que se acercó al coche haciendo señas. Luther abrió su portezuela, y entonces oyeron la voz del negro recién aparecido:

—Venid. Os está esperando.

Salieron los tres del coche y entraron en la casa en pos del desconocido. Éste cerró la puerta, y sólo quedó entonces dentro de la casa un lejano resplandor rojizo. Esta iluminación procedía de una sala situada al fondo de un corto pasillo que había a la izquierda del recibidor-comedor-cocina. Cuando entraron allá, lo primero que vio Cissy fue las antorchas, en número de cuatro, repartidas por la estancia, de unos treinta metros cuadrados como máximo, que proporcionaban una luz cambiante y acogedora.

Luego vio a *Houngan Master*, que estaba sentado entre dos antorchas dando la espalda a un paño de pared. Ocupaba un sillón hecho de mimbres, y vestía completamente de blanco. Cissy se dio cuenta de que la indumentaria del anciano de cortísimos cabellos blancos era una bata con solapas que mostraban bordados también blancos. El aspecto de *Houngan Master* era insólito, parecía un deportista, tal vez debido a su corte de cabello a estilo cepillo. Su rostro mostraba tantas arrugas que más habría sido imposible... La luz de las antorchas se reflejaban en sus ojos sin expresión, de una negrura infinita.

—Bien venido seas, Luther —saludó con voz un tanto cascada y vacilante—... Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Siento mucho que tenga que ser en estas circunstancias —murmuró Luther—. Sabemos que estás descansando hasta la

muerte, pero te necesitamos. Ya sabes lo que está ocurriendo.

El anciano asintió, y señaló unas sillas de paja colocadas ante su sillón.

—Lo sé —dijo—, pero quiero que tú me lo cuentes. Ella no es una mambo: ¿por qué la has traído?

—Es una periodista que quiere ayudarnos. Su nombre es Cecily Hamilton. Es inteligente y valiente. Yo confío en ella.

Houngan Master estuvo mirando a Cissy en silencio durante no menos de medio minuto. Por fin, volvió a asentir, y señaló de nuevo las sillas. Se sentaron los tres, mientras el hombre que los había recibido permanecía de pie junto a la puerta.

Luther explicó a *Houngan Master* cómo estaban las cosas, qué había sucedido hasta el momento, y cómo había entrado en contacto con Cissy y la parte que había tenido ésta en los últimos acontecimientos. Para entonces, las miradas del anciano iban cada vez con más frecuencia a la bella negra, que parecía absorta.

Cuando Luther terminó de hablar *Houngan Master* tendió una mano hacia él, y éste le entregó la bolsa con la culebra dentro. Cissy miró al anciano entonces, y éste pareció sonreír. Abrió la cremallera lo justo para meter la mano dentro de la bolsa. Ni Luther ni Cissy reaccionaron, pero Ronnie abrió mucho los ojos.

Dentro de la bolsa la culebra se agitó furiosamente, se oyó un siseo, unos chasquidos… *Houngan Master* sacó la mano, con la culebra en ella enroscada casi hasta el codo. Con la otra mano, *Houngan Master* agarró la cabeza de la culebra y le abrió con movimiento fácil la boca.

—Sí —dijo—, es venenosa, pero es muy vieja, y su veneno ha perdido mucha fuerza.

—En ese caso —sugirió Cissy— tal vez su veneno sólo sirvió para adormecer a María Carballeira y entonces estrangularla.

—Pudo ser así —admitió *Houngan Master*.

—Pero ella ya llevaba mucho rato muerta cuando nosotros llegamos, así que… ¿quién gritó?

—El espíritu de la «Madre» —replicó sosegadamente *Houngan Master*—, para advertiros de que debíais tener cuidado.

—No sabía que los espíritus gritasen.

Luther miró enfadado a Cissy, pero *Houngan Master* no se inmutó.

—Tu incredulidad no está de acuerdo con tus facultades. Una persona como tú debería ser más definitivamente creyente.

—¿Qué quiere decir?

—Me siento viejo y cansado, y quizá por eso no he percibido nada más verte tus grandes facultades de mambo. Pero en este rato que llevas ante mí sí las he percibido. Tú sabes vudú, tú has sido desarrollada en el vudú por alguien muy grande, alguien quizá más poderoso que yo… Tú puedes tener clarividencia, telepatía, precognición… y puedes intervenir como médium… Tú vas más allá de nuestro vudú.

—Pues es la primera noticia que tengo al respecto —sonrió Cissy.

—Estás mintiendo, pero sé que tus intenciones no son malas. También sé que puedes admitir perfectamente el grito de María Carballeira como procedente de su espíritu. Y ello porque su grito no fue un grito real, audible para cualquier persona, sino un aviso para los iniciados. Luther es *houngan*, así que estaba preparado para oírlo. Ronnie es un fiel adepto de grandes condiciones, aunque es tan timorato que dudo que alguna vez llegue a ser *houngan* En cuanto a ti, si oíste el grito es que tus facultades van más allá de las llamadas normales. Pero no vamos a hablar más de ti ahora, Cecilia. Ahora tenemos muy graves problemas que resolver, y vamos a dedicarnos de lleno a eso. Deberíamos…

—¿No podría guardar la culebra? —refunfuñó Cissy—. La verdad es que me está poniendo un poco nerviosa. Y le está mordiendo a usted.

—Ya ni siquiera tiene su narcotizante veneno de anciana —rió sorprendentemente el viejo—, y sus mordiscos son como simples pellizcos en mi seca piel. Es muy posible que se lastime más ella al morder que yo al ser mordido. Es inofensiva. Mira.

Houngan Master dejó de sujetarla por la cabeza, y la culebra ascendió rápidamente a su cuello, enroscándose allí. El anciano rió. Luther tenía fruncido el ceño.

—Parecía mucho más peligrosa cuando la encontramos —dijo.

—Debía de estar enfadada, pero ahora se ha calmado. Bien, decía que deberíamos encontrar el modo de reanudar los contactos con la macumba. María y yo éramos viejos conocidos, y sé que ella habría sido una mediadora conveniente, pero ahora no sé… Tal vez

tú deberías ir a Brasil, Luther, puesto que pronto serás mi sucesor.

—¿Yo? —exclamó Luther—. ¿Yo seré el *Houngan Master* después de usted?

—No conozco a nadie mejor en esta zona. Pero todavía no estoy muerto, de modo que escucha mis instrucciones: irás a Brasil, y buscarás…

Cantó el gallo.

Era casi la una de la madrugada, pero cantó un gallo.

Capítulo V

El único que reaccionó, y por supuesto a impulsos del espanto, fue Ronnie, que se puso en pie, exclamando:

—¡El gallo de la muerte!

Ni Luther ni *Houngan Master* replicaron. Cissy miraba de uno a otro con no poca expectación. Fuera de la casa volvió a oírse el canto de un gallo. El hombre que vivía en la pequeña granja con *Houngan Master* comenzó a temblar, mientras sus ojos casi saltaban de las órbitas.

—El gallo… blanco de la noche —tartamudeó—… ¡Es el gallo blanco!

Cissy miró vivamente a *Houngan Master* al oír su voz quieta y profunda:

—Vienen a por mí… ¡Escapad vosotros! ¡Pronto, Samuel, llévalos por la parte de atrás de la casa…!

El negro de la puerta, que estaba temblando violentamente, asintió, y miró a los visitantes, que se habían puesto en pie. Luther Kingford tenía fruncido el ceño.

—No vamos a marcharnos de aquí de este modo —dijo—. No yo, al menos. Ronnie, llévate tú a Cissy por la parte…

—¿A qué estamos jugando? —le interrumpió la bella negra—. ¡Ni siquiera tenemos tiempo de dedicarnos a hermosos sacrificios unos por los otros, pues la casa debe de estar rodeada y a punto de ser asaltada! Así que, simplemente, debemos intentar salir de aquí todos.

Del bolso sacó su pequeña pistola, que los demás contemplaron sorprendidos. Afuera volvió a oírse el canto de un gallo, y luego un rumor como de voces apretadas, hostiles…, como un retumbar de sonidos surgidos directamente de vientres de bestias feroces.

Luther se acercó a *Houngan Master*, le sujetó por un brazo, y lo puso en pie, encaminándose acto seguido hacia la puerta. El

anciano no dijo nada. Ronnie y Samuel habían salido ya. Mientras recorrían el corto pasillo en su pos comenzaron a oír ahora el apagado y lejano resonar de tambores.

—Esto es cosa del *boko* Chapman —jadeó *Houngan Master*—: sé que hace tiempo está incordiando en muchos sitios y de muchas maneras, y no me sorprendería que finalmente hubiera decidido asesinarme directamente, pero con ceremonias y agresiones de vudú…

Por delante de ellos se oyó un grito escalofriante. *Houngan Master*, Luther y Cissy se detuvieron. Samuel apareció ante ellos, procedente de la entrada de la casa, con una lanza clavada profundamente en el vientre y los ojos convertidos en dos bolas de billar resaltando en su negro y desencajado rostro. Dijo algo ininteligible, y cayó de rodillas, y luego de bruces, rebotando extrañamente sobre la lanza y quedando de costado.

—¡Ronnie! —llamó Luther.

A poca distancia de ellos oyeron un rumor de pelea, unos jadeos, y un grito, seguido de varios más, todos ellos de dolor. Luther y Cissy corrieron hacia el recibidor, y vieron, a un incierto resplandor rojo, la terrible escena; Ronnie estaba de rodillas en el suelo, y varios negros lo estaban convirtiendo en pedazos a golpes de machete. La sangre, trozos de carne y de cabeza saltaban hacia todos lados…

Cissy alzó el brazo derecho, y apretó el gatillo de su pistolita. La bala acertó a uno de los negros asesinos en la sien derecha, y lo derribó girando, muerto en el acto. Los otros negros miraron a Cissy y a Luther, y sin vacilar cargaron contra ellos.

Cissy volvió a disparar, y otro negro cayó rodando hacia ella, con una bala en la frente. Dos negros llegaron ante Luther blandiendo sus machetes, dispuestos a despedazar al *houngan*, pero éste era mucho más duro que Ronnie y Samuel… De un puntapié en los genitales derribó a uno de los negros poco menos que muerto. Esquivó enseguida el machetazo del otro, y le golpeó con el puño derecho en el estómago. El negro ni siquiera resolló, se quedó como si una guillotina acabara de partirlo en dos. Luther lanzó un gancho de izquierda que le acertó en la barbilla, le partió la mandíbula y dos cervicales y lo derribó a un lado muerto en el acto.

Plof, plof, disparó por dos veces más la bella Cissy.

El último negro que quedaba se detuvo en seco al recibir las dos balas, una en la garganta y la otra en el pómulo derecho. Se quedó un instante de pie, pero Luther se acercó y lo derribó de un empujón. Afuera el toque de tambores era ahora frenético, y cada vez se encendían más antorchas, cuyo resplandor entraba en la casa por todas partes.

Luther se arrodilló junto a Ronnie, y se quedó mirando como en trance el horrendo aspecto de su amigo despedazado a machetazos.

—Tenemos que salir —oyó la voz serena de Cissy—… ¡Luther, tenemos que marcharnos!

Dentro de la casa oyeron el canto del gallo. Luther se puso en pie de un salto, y regresó hacia donde había quedado rezagado *Houngan Master*. Cissy titubeó, pero fue tras él.

Lo vieron en el pasillo, rodeado de negros desnudos que llevaban plumas de gallo blanco en la cabeza. Los cuerpos de los asaltantes relucían como si fueran de charol, y también relucían sus armas, los largos machetes que lanzaban destellos de muerte. Dos de los asaltantes tenían sujeto a *Houngan Master* por los brazos, y, en aquel momento, otro colocaba el filo de su machete en el abdomen del anciano y hacía una incisión. Cissy gritó al ver cómo el vientre de *Houngan Master* se abría con toda facilidad, y aparecían las vísceras.

Houngan Master no gritó. Ni siquiera su rostro ni su expresión variaron cuando con un hábil gesto del machete introducido en su abdomen las entrañas fueron sacadas y quedaron colgando. El negro que había causado la atroz herida agarró con la mano libre las entrañas, y tiró de ellas brutalmente, arrancando lo que pudo y volviéndose hacia Luther Kingford…, que cargaba en aquel momento contra él, lívido y demudado el rostro, y ciego de furia.

—¡Luther, no…! —Reaccionó gritando Cecily Hamilton.

Pero ya nada podía detener el ataque de Luther. Es decir, nada salvo un afilado machete, que silbó en el aire, todavía salpicando sangre de *Houngan Master*, y sólo gracias al intento de esquiva de Luther no lo decapitó. El arma pasó rozando su cabeza, y debido al súbito desvío de su marcha Luther cayó de costado al suelo. El negro saltó hacia él, alzó el machete…, y Cecily disparó, metiendo la bala en la sien derecha del agresor, que giró como una peonza y cayó a poca distancia de Luther. Éste agarró el machete, y se puso

en pie de un salto, lanzando un alarido capaz de congelar la sangre en las venas a cualquiera, y cargó contra los otros negros, que soltaron el palpitante cuerpo de *Houngan Master* para atender el peligro que les llegaba…

La cabeza de uno de los negros casi saltó debido al tremendo golpe de machete propinado por Luther, que al mismo tiempo recibía un golpe de refilón del machete de otro atacante, sobre el hombro izquierdo. Aullando de dolor el *houngan* giró, alzó el machete…, y fulminó al negro de un bestial puntapié entre las ingles.

Plof, plof, plof, disparó de nuevo Cecily, causando una baja más y dos heridos en el grupo de exaltados atacantes, que parecían enloquecidos…, pero menos que Luther Kingford, que cargó de nuevo contra ellos y de un mandoble casi seccionó un brazo.

En un instante, de modo incomprensible, no quedó ni un solo atacante dentro de la casa, y, tras el momento de desconcierto, Luther arrojó el machete y fue a arrodillarse junto al viejo *Houngan Master*, que tenía los ojos abiertos, la expresión serena, y todo el paquete intestinal fuera del cuerpo.

—No… me toquéis —susurró el anciano—… No os entretengáis por mí… Marcharos… marcharos antes de que el fuego…

Luther aspiró hondo, pareció a punto de decir algo, y en ese momento Cissy, que se había acuclillado junto a él, dijo:

—Han prendido fuego a la casa, Luther.

—Marcharos —insistió el anciano—… Nada podéis hacer… por mí.

El resplandor del fuego que se propagaba rápidamente por toda la casa iluminó las entrañas del viejo *houngan*, cuya mirada quedó fija en el techo. Luther aspiró hondo de nuevo, y se incorporó. Cecily hizo lo mismo, y señaló hacia el fondo de la casa.

—Será mejor que salgamos por atrás.

Luther no replicó. Se dirigió hacia la cocina, por cuya ventana saltaron ambos fuera de la casa en llamas. Alrededor se oía el apagado rumor de unos tambores, y todavía divisaron sombras corriendo de un lado a otro. Un par de antorchas surgieron de la oscuridad y fueron a caer en la ya incendiada casa, de la cual se alejaron corriendo Luther y Cecily, prestos para proseguir la lucha, pero no encontraron a nadie contra quien luchar. Alrededor de la

casa había cesado de pronto el sonar de los tambores. Por unos momentos se oyó el rugir de varios motores de automóvil. Luego, sólo se oyó el crepitar del fuego. Cuando fueron en busca del automóvil que Ronnie había conseguido, Luther y Cecily lo vieron envuelto en llamas delante de la casa, de la cual pronto sólo quedarían cenizas.

—Está bien —murmuró Luther Kingford—: pronto nos veremos frente a frente Jason Chapman y yo.

—Ese Chapman es el *boko* que ha mencionado *Houngan Master*, ¿no?

—Sí.

—¿Sabes dónde encontrarlo?

—Ahora no. Pero te aseguro que lo sabré muy pronto…, siempre y cuando tú no escribas en tu periódico que él ha intervenido en esto, de modo que él comprenda que le busco y se apresure a desaparecer.

—No voy a publicar nada todavía en mi periódico —susurró Cecily—. Siempre y cuando no te pongas pesado pretendiendo alejarme de esto y seguir tú solo. ¿Seguimos juntos, Luther?

Kingford se quedó mirando fijamente a la bella Cissy al resplandor de las llamas.

—Tú también has matado —murmuró—, de modo que estamos los dos en el mismo apuro. Seguiremos juntos, Cecily, y alguien lamentará muy pronto que no hayamos perecido entre las llamas.

* * *

Se llamaba Willie Baxter, y normalmente trabajaba en una estación de servicio para automóviles, donde se hacía de todo, desde poner gasolina a revisar todos los niveles y hasta lavar toda clase de vehículos. Cuando terminaba su trabajo Willie iba a su pequeño apartamento, donde vivía solo, procedía a ducharse y cambiarse de ropa, y luego salía a dar una vuelta, a tomar unos bocadillos y unas cervezas, y divertirse con los amigos.

Aquella noche, veinte horas después de la muerte de *Houngan Master*, las cosas iban a cambiar para Willie Baxter…, y él lo supo apenas entró en su apartamento y encendió la luz. No debería haber habido nadie allí, pero el hecho cierto y no poco sorprendente era

que Willie tenía dos visitantes: uno era la bellísima Cissy Hamilton, que le miró con divertida curiosidad desde el sillón de la salita donde se había acomodado; otro era el hercúleo Luther Kingford, que apareciendo ante el más que sorprendido Willie le agarró por los cabellos, y, sin más, le golpeó por dos veces con el puño derecho en el estómago.

Fue sencillamente espantoso. Willie experimentó un dolor insufrible, la cabeza le dio vueltas, sintió náuseas… Cuando vino a darse cuenta estaba tumbado en un sillón, contemplando ante él la erguida y borrosa silueta del *houngan* boxeador.

—¿Me conoces? —preguntó Luther.

Willie gesticuló, estiró las facciones y los párpados.

Las imágenes se aclararon.

Vio a Luther. Luego miró a la bella muchacha que permanecía sentada en un sillón colocado frente a él; la negrita estaba manipulando con una pequeña figura que parecía hecha de barro, colocándole en la cabeza unos cuantos cabellos cortos, negros y muy rizados, como si le pusiera una peluca. La mirada de Willie regresó alterada a Luther, y murmuró:

—Sí, te conozco… Sí.

—¿Bien? ¿Sabes qué soy?

—*Houngan* Kingford.

—De acuerdo. Tengo la convicción de que anoche tomaste parte en la muerte de *Houngan Master*, pero ni siquiera voy a discutir eso, porque tú no me interesas, no eres más que uno de los muchos tontos que te has puesto al servicio de ese brujo perverso. Sólo quiero que me digas dónde está escondido él en estos momentos, donde puedo encontrar a *boko* Chapman.

—No lo sé… ¡No sé eso!

—¿Te gusta sufrir? —preguntó la bella Cecily.

—¿Qué…? —La miró Willie—. No, no me gusta.

—Mira. —Ella mostró la figurilla hecha de masa—… Éste eres tú, Willie Baxter, y todavía eres más tú porque te he cortado unos cuantos cabellos para dar mayor vida a tu imagen. Pero del mismo modo que le he dado vida puedo darle muerte… o sufrimientos.

—No… ¡No! ¡No sé nada, no sé nada…!

—Lo sabes —dijo Luther—. Y lo que puede hacerte mambo Hamilton no es nada comparado con lo que puedo hacerte yo.

¿Quieres que se te revienten los ojos, Willie?

—No sé dónde está —gimió Willie—… ¡No lo sé!

Estaba pura y sencillamente aterrado. Cecily y Luther lo miraban fijamente, en silencio. De pronto, Cissy movió la cabeza, y dijo:

—Te duele el hígado, ¿verdad, Willie?

—No… No me duele… ¡No me duele!

—Sí, hombre —sonrió la bellísima—, sí te duele… ¿Ves?

Clavó de pronto una aguja en el costado derecho del pequeño muñeco que tenía en la mano izquierda. Willie lanzó un alarido, se llevó las manos al costado derecho, y saltó del sillón, quedando de rodillas en el suelo ante las piernas de Luther Kingford.

—Y la cabeza también te duele —aseguró parsimoniosamente Cecily—… Fíjate cuánto te duele la cabeza, Willie.

Clavó la aguja en la cabeza. Willie gritó de nuevo, como si todo su cuerpo fuese a estallar, y llevándose ambas manos a la cabeza cayó de costado, gritando:

—¡No puedo decirlo, no puedo decir nada, el *boko* dijo que mataría al que lo traicionara…!

Luther se acuclilló junto a él.

—No es seguro que Chapman pueda matarte, Willie, pero sí es seguro que mambo Hamilton y yo podemos hacerte trizas con grandes dolores. ¿Quieres que te reviente los ojos?

—Déjame a mí —pidió Cissy—… ¡Mira cómo le duele la cabeza!

Clavó de nuevo el alfiler, y Willie, que la miraba aterrorizado, gritó, y de nuevo se llevó las manos a la cabeza, mientras se revolcaba por el suelo. Quedó jadeante y lloroso, desencajado el rostro. Cissy se dispuso a clavar de nuevo el alfiler, pero Willie aulló:

—¡Nooooo…! ¡Lo diré, diré dónde está *boko* Chapman, lo diré! Él está… está en una barcaza que siempre… siempre suele amarrarla a uno de… los muelles junto a… a Jefferson Park…

—¿Cómo es esa barcaza?

—¡Es una barcaza…, nada más! ¡Es vieja, y tiene pintada una franja roja alrededor de la cabina!

—¿Estará Chapman allí ahora?

—No sé… No lo sé… ¡Creo que sí, pero no estoy seguro!

—Fue él quien os envió anoche a matar a *Houngan Masters*, ¿no es cierto? Y tú estabas con el grupo, tú nos viste allí a mambo

Hamilton y a mí.

—Le he traicionado —gemía Willie—… ¡He traicionado el *boko*, voy a morir por haberlo traicionado, voy a morir…!

—Sí que vas a morir —aseguró Luther—, pero será a patadas si no sigues facilitándonos información.

—¡No puedo decir nada más, me matará, él me va a matar, lo dijo, dijo que todos los que le traicionásemos moriríamos!

De repente, Willie Baxter calló.

Sus ojos ya agrandados por el miedo se desorbitaron completamente, su boca se crispó en una mueca horrible, y todo su cuerpo vibró en tal estremecimiento que casi se despegó del suelo en un salto parecido a un latigazo.

Acto seguido, Willie Baxter se relajó completamente.

Luther volvió a acuclillarse junto a él, se quedó mirando los saltones ojos, parpadeó, y se volvió a mirar a Cecily, que contemplaba la escena con amable incredulidad.

—Está muerto —susurró Luther—… Lo ha matado la maldición de Chapman, evidentemente.

Capítulo VI

Todavía no eran las diez de la noche cuando Luther y Cecily habían localizado la barcaza, en la que al parecer no había nadie en aquel momento. Los dos la contemplaban desde cierta distancia, teniendo tras ellos las frondas de Jefferson Park. Reflejándose en las oscuras aguas veían las luces de las instalaciones de Wards Island y Randall Island, que dividían el Harlem River en dos brazos.

—Me pregunto dónde puede estar Chapman —murmuró Luther —… Seguro que haciendo algo peligroso.

—Tal vez lo encontrarías más fácilmente si recurrieras a todos tus amigos —sugirió Cissy.

—Él se enteraría de que lo busco —movió la cabeza Kingford—. Además, cuanta menos gente intervenga en esto mejor. Prefiero que la cosa no se complique más de lo que ya lo está. Chapman también tiene sus partidarios, y ya sería el colmo que además de estar enfrentados el vudú y la macumba nos enfrentásemos ahora todos los del vudú.

—Está claro que Chapman ya se ha enfrentado a una importante parte del vudú al haber perpetrado anoche la muerte de *Houngan Master*, ¿no?

—Sí… Claro. ¡Maldita sea, no entiendo nada!

—Pues es bien fácil de entender —le miró amablemente Cecily —: tú eres un *houngan*, o sea, un hechicero benéfico del vudú, y él es un *boko*, o sea un hechicero de la magia negra o el lado malvado del vudú. La gente cree que todo el vudú son hechicerías y embrujos malos, pero nosotros sabemos que no es así, ¿verdad?

—¿A qué viene todo esto ahora? —Gruñó Luther, dejando de mirar hacia la barcaza para mirar fijamente a Cecily.

—Sólo quería puntualizar, por si todavía te resistes a admitirlo, que Chapman debe de estar tramando algo malo, aparte del asesinato de *Houngan Master*. Tus ceremonias de *houngan* invocando

a los *loa* son benéficas, o pretenden serlo, mientras que las invocaciones de los *bokos* al barón Samedi son siempre para hacer el mal, para lanzar maldiciones terribles. ¿No es así?

—Tengo la impresión de que te estás pitorreando de todo esto.

—Claro que no —aseguró muy seria Cissy Hamilton—. Bueno, digamos que no creo en las maldiciones. Me parece simpático que alguien realice ceremonias benefactoras, pues cuando menos su intención es buena, pero francamente, Luther, no creo en las maldiciones.

—¿Y qué me dices de la muerte de Willie Baxter hace tan sólo unos minutos? ¿De qué ha muerto, sino de una maldición de Chapman?

—Bueno, si realmente tuviera que explicar la muerte de Willie…

—No te molestes, no necesito que nadie me explique lo que he visto con mis propios ojos. Además, no es momento de conversar, sino de hacer algo… Voy a echar un vistazo de cerca a la barcaza. Espérame por aquí.

—¿Y no sería más práctico que te acompañara, y que volviera a utilizar mi lima de uñas para abrir la puerta de Chapman, como hice con la de Willie Baxter?

—Tienes muchas habilidades, ¿verdad? Y llevas armas. ¿Por qué?

—Una hermosa negrita como yo suele tener problemas en muchos sitios… empezando por Harlem y con los de mi propia raza. Tal vez haya llegado el momento de decirte una cosa, *houngan* Kingford: cuando tenía trece años fui violada en el propio Harlem por tres negros casi tan grandes y fuertes como tú. Incluso estuve a punto de morir, ¿sabes? Y desde entonces me propuse conseguir dos cosas. Una, marcharme cuanto antes de Harlem y no volver jamás. Dos, estar siempre preparada para evitar que volvieran a maltratarme de modo tan bestial…, ni de ningún otro modo. Así que en cuanto pude, apenas cumplidos los dieciocho años, me fui de Harlem… Para entonces, además de haber aprendido a defenderme sola y sólo con las manos, opté por llevar siempre encima algún arma. No es fácil pillarme desprevenida, pues todavía no he olvidado lo que me ocurrió hace diez años.

—Lo siento —masculló Luther—… Pero lo que te pasó a ti no les pasa a todas, ni todos los negros somos como aquellos tres.

—Ya lo sé, pero… por si acaso. Bien: ¿te abro la puerta de la barcaza o no?

—Creo que será lo mejor —admitió Kingford.

Se acercaron a la barcaza. Había un olor como a vieja humedad en el embarcadero. Hasta ellos llegó el bramido de una sirena desde el río. Hacia el sur tenían toda la luminaria de Manhattan, un mundo diferente. Tan cerca y tan lejos…

Cissy no tuvo grandes problemas para abrir la puerta de la vivienda-barcaza, que más bien podía definirse como un mugriento chalé flotante, pues debía de hacer tiempo que aquella barcaza no era utilizada como embarcación. Entraron ambos, Luther cerró la puerta, y vio a los lados los dos pares de ventanas que absorbían la luz del exterior, y que permitían distinguir contornos de muebles. Cissy encontró el interruptor, y encendió la luz.

Esta vez la sorpresa se la llevaron ellos: había tres hombres de raza negra allí dentro, y los tres les apuntaban con pistolas. Vestían de oscuro, y sus facciones no mostraban expresión alguna. Era por demás evidente que habían estado agazapados allí dentro a la espera de una presa que sin duda no debía de ser la que habían capturado, porque uno de ellos masculló:

—¿Qué buscan ustedes aquí?

—Buscamos a Chapman —replicó Luther—… ¿Quiénes son ustedes?

Uno de los negros armados se acercó al que había hablado y le susurró unas palabras al oído, mirando a Luther. El otro pareció un instante sorprendido, y enseguida su actitud cambió.

—¿Es usted Luther Kingford? —inquirió.

—Sí.

—Siento haberle recibido así. Imagino —señaló a Cecily— que ella es de confianza.

—Por supuesto.

El negro asintió, y guardó la pistola, siendo imitado en el acto por los otros dos.

—Nosotros también estamos buscando a Chapman —explicó—. Yo soy Pete, y ellos son Arnold y Larry.

—Pues yo soy Cissy —dijo ésta, sonriendo—. Y ya presentados todos, ¿podrían decirnos para qué buscan ustedes a Jason Chapman?

—Veamos —dijo amablemente Pete—, sabemos que Kingford es *houngan*, y precisamente por eso nos sorprende que esté aquí esta noche, pero… ¿qué es usted, qué pinta en todo esto? Porque a menos que sea una mambo no comprendemos que en una ocasión como ésta ande junto a Kingford. ¿Es usted mambo?

—Desde luego. ¿Por qué les sorprende que Luther esté aquí esta noche?

—Primero haremos las preguntas nosotros. Si usted es una mambo… ¿podría decirnos qué es un *houmfor*?

—El verdadero *houmfor* es un templo para ceremonias de vudú en la selva de Haití, pero pueden habilitarse *houmfors* en cualquier parte, a fin de poder realizarse sea donde sea las ceremonias del vudú de los sábados por la noche, invocando a los *loa* o dioses, a fin de incorporar sus espíritus y obtener así revelaciones y efectos beneficiosos. El *houngan* o la mambo dibuja en el suelo los símbolos mágicos o *veves* que corresponden a los diferentes dioses que se quieren convocar, como Erzulie, la diosa del amor, los celos y la venganza, o el dios Damballah, generador de fuerza y virilidad… Los fieles que asisten a las ceremonias caen en trance, incorporan esos *loa*, y consiguen así un estado de felicidad y logro de sus deseos. Hay en Nueva York no menos de cincuenta *houmfor* improvisados en lugares secretos, y muchas mambos y *houngan*…, el más importante de los cuales es actualmente Luther Kingford.

—¿El más importante? ¿Por qué?

—Porque *Houngan Master* lo nombró su sucesor anoche, antes de morir en nuestros brazos.

—¡No sabíamos eso! —exclamó Larry.

—Pues ya lo saben ahora —dijo Kingford—. Y nosotros estamos buscando a Chapman porque el propio *Houngan Master* nos dijo que el ataque que le costó la vida era cosa de él. Y eso nos sorprende, pues con lo mal que están las cosas entre el vudú y la macumba nada más falta que nos matemos entre los del vudú… aunque sean hechiceros de la magia negra, como Chapman. Y ahora: ¿quiénes son ustedes y qué pintan en esto?

—Nosotros estamos trabajando con el Gran Unificador para impedir que toda esta maniobra estropee la gran unión que se estaba consiguiendo entre todo el Pueblo Negro de América.

—¿Qué maniobra? —preguntó Cissy—. ¿Qué es eso del Gran

Unificador?

—La macumba y el vudú no suelen tener enfrentamientos, pero actualmente las cosas están muy mal. Cada día llegan noticias no sólo de Estados Unidos, sino del Caribe, de Brasil y de Centro y Suramérica respecto a enfrentamientos cada vez más violentos y sangrientos entre el vudú y la macumba. Si no descubrimos el complot que alguien ha tramado contra todos los negros de América las cosas pueden terminar muy mal, no sólo anulando el movimiento de integración de todas las personas de raza negra en un solo pueblo unido, sino provocando verdaderas masacres entre los negros de todo el continente. Y eso es precisamente lo que quiere evitar el Gran Unificador. Por eso hemos venido en busca de Chapman, para llevarlo ante él y que le explique por qué está haciendo cosas tendentes a desunir a los negros y a enfrentar al vudú y la macumba.

—Ya. ¿Y dónde está el Gran Unificador?

—Eso no importa ahora. Lo que urge es encontrar a Chapman, pues de otro modo es posible que pretenda también esta noche provocar altercados en la reunión.

—¿Qué reunión? —se sorprendió Kingford.

—Por eso le ha sorprendido a Larry que estuviese usted aquí, pues dice que es uno de los más significáis *houngan* del estado… ¿No sabía que esta noche hay una gran reunión vudú en un *houmfor* improvisado en Brooklyn, cerca de Jamaica Bay?

—¡Claro que no lo sabía!

—Hemos estado ocupados con lo de anoche y esta mañana recurriendo a un médico amigo de Luther que le ha curado una herida —dijo Cissy—. Luego hemos tenido que hacer algunas cosas privadas antes de venir en busca de Chapman y además, temiendo que los hombres de éste estuvieran buscando a Luther para eliminarlo por haber estado anoche con *Houngan Master*, hemos tenido que escondernos…, cuidando muy bien de no decirle a nadie donde estábamos, precisamente. Lo último que deseábamos era que alguien supiera tan siquiera que los dos estamos vivos.

—Pues si hubieran llamado a alguien les habrían dicho lo de la reunión de esta noche.

—Vimos al médico amigo de Luther y no nos dijo nada.

—Tal vez aún no le había llegado la noticia a él. Bien, pues ya lo

saben… ¿Realmente *Houngan Master* nombró sucesor a Kingford?

—Yo fui testigo de ello. Eso aparte, no dudo que *Houngan Master* debía de tener viejos amigos de confianza a los que debió de comunicar en alguna ocasión su preferencia por Luther en ese sentido.

—Si así es seguramente se hablará de ello en la reunión de esta noche. Ustedes deberían estar allí.

—Y ustedes también —sonrió ceñudamente Cissy—, porque si Chapman se está dedicando a sabotear y traicionar al vudú lo más seguro es que precisamente esta noche asista a la reunión, aunque cabe temer que con los mismos malos modales de anoche contra *Houngan Master*.

—Así es —apoyó Luther a Cissy—… Precisamente estaba pensando que Chapman no está aquí porque se halla a la espera de la reunión para atentar contra ella a sangre y fuego.

—Tal vez tengan razón —parpadeó Pete—… ¡Ya lo creo que sí!

—¿A qué hora es la reunión?

—A las doce en punto.

—Pues tenemos tiempo de sobra de llegar a Jamaica Bay… ¿Tienen ustedes coche? Creo que deberíamos ir allá los cinco cuanto antes, y estar preparados por si, como tememos, aparece Chapman y sus asesinos. Sea lo que sea lo que pretenda Chapman, y favorezca o no al vudú, lo cierto es que anoche sus enviados cometieron tres asesinatos… ¡y sería terrible que aparecieran esta noche!

—Sería una masacre —murmuró Cissy—…, porque es de suponer que a esa reunión asistirá mucha gente, ¿no?

—No tenemos ni idea —dijo Arnold—, pero no nos sorprendería que hubiera más de mil personas allá. Quizá cinco mil… El sitio de reunión es un bosquecillo que quedará acordonado por más de cien hombres que se han ofrecido voluntariamente para eso, en su mayor parte *houngan* que, naturalmente, desean que el vudú siga vigente.

—Creo que deberíamos ir todos allá —insistió Cissy—, y aprovechar la ocasión para informar a todos los fieles que Luther Kingford es el nuevo *Houngan Master*, por expreso deseo del anterior. Si alguien tiene algo que oponer o algo que presentar en apoyo de ese nombramiento no creo que podamos encontrar un momento mejor. ¿Nos vamos?

Pete, Arnold y Larry se miraron. Luego, Pete miró alrededor,

como si esperase ver algo revelador o insólito en la vivienda mugrienta y sórdida de Jason Chapman. Por fin, murmuró:

—Arnold y Larry los llevarán a ustedes al coche. Yo voy a llamar por teléfono al Gran Unificador para que aclare un poco mis ideas y me dé instrucciones concretas.

—Es una buena decisión —sonrió Cissy Hamilton.

* * *

Pete apareció cuando llevaban más de quince minutos esperando los cuatro dentro del coche, Arnold y Larry en la parte delantera y Luther y Cissy en el asiento de atrás. Pete se sentó junto a Cissy, dejando a ésta en el centro del asiento, y dijo:

—El Gran Unificador desea conocer al señor Kingford…, pero eso puede esperar a que la reunión de esta noche termine.

—¿Y a mí no quiere conocerme? —sonrió Cecily.

—De usted ni siquiera ha oído hablar —sonrió también Pete—. Quien le interesa al Gran Unificador es Kingford, sobre todo si, como parece, esta noche quedará nombrado *Houngan Master*.

—Pero… ¿quién es el Gran Unificador? —murmuró Luther—. Por más que pienso no recuerdo haberle oído nombrar nunca antes de esta noche. ¿Es un adepto del vudú, tiene algún poder, de dónde ha venido…? ¿Cuál es su nombre?

—El Gran Unificador desea que la reunión de esta noche termine sin incidentes —movió la cabeza Pete—. Conseguido esto le recibirá a usted lo más pronto posible y le dará las explicaciones que crea oportunas…

—¿Y por qué no al revés? —deslizó Cissy—. A fin de cuentas, quien sin duda va a ser nombrado *Houngan Master* dentro de poco es Luther, ¿no? Así que pasará a ser el hombre más importante del vudú en toda la zona de influencia de Nueva York, y uno de los grandes mundiales con reuniones periódicas en Haití. Por lo tanto, debería ser el Gran Unificador quien pidiera ser recibido por Luther.

Pete soltó una carcajada.

—¡No diga tonterías! —exclamó—. ¡El Gran Unificador está incluso por encima de la más grande autoridad del vudú en la mismísima Haití!

—¿Quién le ha concedido esa autoridad? —se interesó Cissy.

—Cuando Kingford conozca al Gran Unificador comprenderá que sólo él puede ser quien salve a los negros del caos que se está gestando, y que sólo él puede ser el hombre que proteja y dirija a todo el Pueblo Negro de América. Y ahora basta de charla, o todavía llegaremos tarde al *houmfor* especial para esta noche. Arranca, Larry.

Capítulo VII

El coche se detuvo en la linde del bosque, donde había varios vehículos más estacionados en las sombras. La noche era cambiante: tan pronto se veía la luna como aparecían nubarrones que la ocultaban.

—Hemos llegado —dijo Pete—. Salgamos.

Se apearon todos. Enseguida aparecieron dos hombres procedentes de los cercanos pinos, y se acercaron al grupo. Uno de ellos se dirigió enseguida a Kingford.

—¡Luther! —exclamó—. ¿Dónde has estado metido?

—Ya te contaré, Aldous. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Por aquí bien…, de momento. ¡Hemos estado todo el día intentando localizarte! ¿Sabes que anoche mataron a *Houngan Master*?

—Yo estaba con él cuando lo hicieron. Luego, por cosas que ya te explicaré, he tenido que andar escondiéndome. ¿Tenéis alguna noticia de Chapman?

—No. ¡Debe de haberse vuelto loco, por lo que he oído decir! Él es uno de los nuestros del vudú, así que no ha podido hacer lo que dicen que ha hecho.

—Te diré lo que yo sé que ha hecho: contrató a un puñado de asesinos, o tal vez los asustó o hechizó, y los envió a matar a *Houngan Master* de un modo brutal. Creo que él no sabía que yo estaba allí… Simplemente, siguió el juego de alguien.

—¿Qué juego?

—El juego de enfrentar al vudú y la macumba —intervino Pete—: un enfrentamiento cada vez más sangriento en todas partes.

—Y espera —susurró Luther Kingford—… Espera que la macumba de Brasil se entere de que en Nueva York han matado a la «Madre» María Carballeira, y de que todo el vudú se entere de que tal vez la macumba se ha ganado a Chapman para que éste

asesinase anoche a *Houngan Master*. Si no encontramos alguna solución, antes de veinticuatro horas se estará derramando sangre negra a torrentes en toda América.

—¡No entiendo qué está pasando, no comprendo cómo ha podido ocurrir todo esto, cómo se inició…!

—Nadie lo comprende —intervino Cecily—… ¿Hay mucha gente en el *houmfor*?

Aldous miró interrogante a Kingford, que presentó:

—Ella es Cissy Hamilton, de toda mi confianza. ¿Hay mucha gente?

—Calculamos que alrededor de cuatro mil personas. Han ido llegando por pequeños grupos o por parejas o personas solas desde que oscureció. Esto es verdaderamente impresionante, Luther. Hay cuatro mil personas dentro de este bosque y no se oye ni respirar. Todos están esperando las doce de la noche…

—¿Y la policía? —inquirió Cissy—. Es imposible que la policía no se haya dado cuenta de que algo está ocurriendo en un lugar como éste, cerca del aeropuerto y de Coney Island.

—La policía —brillaron los dientes de Aldous a la luz de la luna — recibió esta tarde una nota anónima en la que se le informaba de que esta noche habría una reunión de pacíficas personas en este lugar, y que no se producirían alborotos ni ninguna clase de contratiempos si nadie las molestaba… Yo diría que entendieron el mensaje, pues no hay ni un solo coche patrulla por estos alrededores.

—Buena idea —aprobó Kingford—. Bien, será mejor que vayamos hacia el interior del bosque, ¿no? Tú también deberías venir, y los demás… No parece que vayamos a tener problemas.

—Por parte de la policía, no; pero no quisiéramos que Chapman hiciera acto de presencia y quemase todo el bosque con cuatro mil personas ahí dentro, de modo que nosotros seguiremos vigilando. Será mejor que os procuréis una linterna.

—Tengo una en el coche —dijo Larry.

Segundos después, los cinco se adentraban en el bosque, donde, en efecto, reinaba un silencio impresionante. Estuvieron caminando casi un par de minutos sin más luz que las manchas de luna que se filtraban por entre las copas de los pinos, pero al poco la luna quedó oculta por las nubes, y la oscuridad fue total y terrible,

como… palpitante de mil amenazas. Larry encendió la linterna, y a su resplandor Cissy Hamilton vio el rostro del negro demudado por el miedo. Y no parecía que el estado de ánimo de Arnold y Pete fuese mejor. Tal vez, los tres fuesen unos eficientes pistoleros o guardaespaldas, pero lo cierto, lo certísimo, era que ni mucho menos estaban fuera de la influencia de todas las posibilidades del vudú…

Seguía sin oírse nada, pero pronto, a medida que alcanzaban el centro del bosque, la luz de la linterna iba iluminando personas sentadas sobre la pinocha, o en pequeñas sillas plegables; casi todas vestían de blanco, y algunas mujeres llevaban pañuelos en la cabeza. En muchos puntos, al resplandor de la linterna, se veían las blancas córneas de grandes ojos atentos a todo… Había como un tenso palpitar en todo el bosque.

Luther Kingford pasó un brazo por los hombros de Cissy, y se inclinó hacia su oído.

—¿Estás asustada? —susurró.

—Claro que no.

—Y tan claro —masculló Luther—… Realmente no es fácil asustarte a ti.

—¿Te gustaría que fuese una negrita asustadiza?

—Desde luego que no.

Luther se detuvo, reteniendo a Cissy. Ésta sintió en su cuerpo las manos del *houngan*, en una caricia lenta y ávida, mientras recibía en plena boca el beso profundo. La lengua de Luther buscó la de Cissy, y ésta sintió las caricias en los pechos… Se apartó, susurrando:

—En estos momentos no puedes ser el hombre Luther Kingford, sino el *houngan* que todos están esperando, el *Houngan Master*.

—Eres muy perspicaz —susurró él junto a su oído—. Pero cuando esto termine…

Ella rió quedamente, y él volvió a acariciarle los pechos… La luz de la linterna cayó sobre ellos, y se oyó la voz de Larry, por delante de ambos.

—¿Ocurre algo? ¿Por qué se han detenido?

—Ya vamos —gruñó Luther.

Cada vez se veían más personas. El círculo se fue engrosando, de tal modo que cuando finalmente llegaron al centro del bosque se podía calcular que, en efecto, los asistentes a la reunión eran no

menos de cuatro mil personas.

Varios negros acudieron al encuentro de Luther, y algunos, los de más edad, le manosearon afectuosamente, murmurando parabienes… Por el bosque comenzó a correrse la voz: tenían un nuevo *Houngan Master*, por voluntad del anterior, el querido *Houngan Master* que la traición había asesinado… Cuando comenzaron a encenderse las antorchas todos los asistentes a la ceremonia sabían ya que Luther Kingford era el nuevo *Houngan Master*.

No obstante esto, uno de los ancianos que más efusivos se habían mostrado con Luther habló para todos desde el centro del pequeño claro en el bosque elegido para las ceremonias, dando la noticia. Se habían encendido no menos de veinte antorchas, y el ambiente era realmente impresionante.

—Esperemos que esas antorchas no sirvan para prender fuego al bosque —susurró Cissy, junto a Luther.

—¿Te quieres callar? —Le apretó él un brazo.

El anciano terminó de hablar, y se hizo un silencio. Todas las miradas estaban fijas en Luther, que asintió y se acercó al centro del círculo, donde quedó teatralmente inmóvil y en silencio no menos de un minuto. Mientras tanto, Cissy Hamilton iba mirando los rostros de todos los asistentes, y de cuando en cuando dirigía su mirada hacia las copas de los pinos, y hacia la oscuridad, por encima de las cabezas de los asistentes, hacia la linde del bosque…

—Hermanos —sonó de pronto la voz de Luther Kingford—: vamos a dedicar las ceremonias de esta noche a la purificación general, con el fin de recibir los grandes beneficios de nuestros *loa* y aprovecharnos de su guía para no caer en tentaciones perversas que pudieran ser causa de mayores perjuicios para el vudú. Como todos sabéis, algo extraño está sucediendo, algo que ha enfrentado al vudú y a la macumba, es decir, a hermanos contra hermanos… No sólo como nuevo *Houngan Master*, sino como simple adepto al vudú, pienso dedicar mis mayores esfuerzos a la solución de este sangriento enfrentamiento, aunque ello me cueste la vida. Iniciaremos las purificaciones con la de una hermana que estaba alejada de nosotros pero que ha vuelto al seno del vudú…

Su dedo señaló a Cissy, que frunció el ceño, pero que enseguida asintió y se acercó a él. Misteriosamente, comenzaron a aparecer

maracas, jarras de agua, y botellas. Alguien puso en mano de Luther una larga túnica blanca, y el nuevo *Houngan Master* la mostró a Cissy, que asintió de nuevo y, en un instante, quedó completamente desnuda, poniéndose acto seguido la túnica, y a continuación un pañuelo blanco en la cabeza, recogiendo sus hermosos cabellos. A una seña de Luther se arrodilló.

Luther pasó tras ella, y comenzó a hacer los conjuros de invocación al mismo tiempo que con una mano agitaba suavemente una maraca roja, y con la otra vertía sobre la cabeza de Cissy un chorro de agua de una jarra así mismo de color rojo. Luego, mientras Cissy todavía permanecía inmóvil, comenzó a dibujar símbolos en el suelo, los *veves*, y a invocar a los *loa*, instándoles a que se incorporasen en la recién purificada por el agua que era el gran imán para los espíritus. Y todo ello sin dejar de agitar la maraca mágica adornada con cuentas brillantes.

Otros *houngan*, y varias mambo, comenzaron entonces a efectuar también sus ceremonias de purificación y de invocación. En alguna parte comenzó a sonar un tambor, y muy pronto el retumbar de varios tambores se extendía por el bosque. Aparecieron no menos de una docena de pollos y tres cabritos, que comenzaron a ser sacrificados. Las botellas circulaban cada vez más rápidamente de mano en mano, las libaciones y los conjuros se sucedían… Muy pronto, en el centro del bosque comenzaron a ponerse de manifiesto los posesos, los que ya habían sido imbuidos por los *loa*, y comenzaron a agitarse, a retorcerse, a gritar y a proferir voces que nadie conocía.

El bosque entero se convirtió en un *houmfor* donde se sucedían los sacrificios, los bailes, los cánticos. Se inició un paroxismo colectivo en el centro del *houmfor*, y los ya posesos por los *loa* saltaban, gritaban y se retorcían de un modo increíble, con los ojos en blanco, efectuando unas contorsiones y unas invocaciones increíbles… Circulaba la sangre de los pollos y los cabritos, las libaciones no cesaban…

Todo el bosque era como un inmenso latido, como un cántico, como un gigantesco hechizo palpitante, trepidante, resonante. Estratégicamente colocadas, las luces de las antorchas lo iluminaban todo como en un alarde de fantasmagoría. Algunas túnicas blancas yacían en el suelo, y se veían cuerpos desnudos bailando,

mostrando sus espléndidas formas, su restallante juventud.

Cissy Hamilton agarró a Luther de un brazo, y le susurró al oído:

—Tienes que parar esto… ¡Es excesivo!

—No se puede parar —rechazó Luther.

—¡Tienes que hacerlo! Luther, esto no es un juego de unas pocas personas, esto se está disparando demasiado, y dentro de poco todos los que ahora bailan serán incontrolables… ¡Tienes que detenerlo!

—No puedo interrumpir una ceremonia vudú, y tú lo sabes.

—¡Pero qué vudú…! ¡Tú no haces esto por el vudú!

—¿Qué estás diciendo? —Se quedó él mirándola fijamente.

—Estoy segura de que piensas más en la vida normal de estas gentes que en el vudú. Lo que ocurre es que para que se sientan menos desgraciados, más protegidos, y menos tendentes a la delincuencia y actos malvados decidiste utilizar el vudú como recurso tan válido como otro cualquiera… Eso me parece bien, e incluso admirable, pero ahora tienes que detener esta ceremonia, que se está desorbitando.

—De modo que realmente eres una chica lista —murmuró Luther.

—¡Oh, por Dios…! Tú también eres un hombre inteligente, sé por qué haces esto, y es admirable tu entrega a los negros…, ¡pero detén esta ceremonia!

—Imposible.

—Puedes contenerlos a todos. Diles…

De repente hubo en el centro del *houmfor* un estremecimiento de pavor, al que siguió un alarido colectivo verdaderamente espeluznante. Luther respingó, y miró hacia allá. Los posesos habían dejado de bailar y cantar… Hubo gritos histéricos y una desbandada súbita.

Entonces, Luther y Cissy pudieron ver que algo caía en el centro del claro… Estaban cayendo cosas que luego se movían. Luther echó a correr hacia allí, y Cissy le imitó enseguida. Fueron los únicos que acudieron al centro del *houmfor* precisamente mientras todos los demás se alejaban, entre gritos y repeluznos.

Todo el suelo estaba sembrado de enormes sapos, que se movían torpemente, algunos medio reventados. También había pequeñas culebras, cuyos ojos cristalinos parecían ahora llenos del fuego de las antorchas… Ante los pies de Cissy cayó otro sapo enorme, que

quedó como aplastado, mientras Cissy daba un salto hacia atrás, sobresaltadísima. Cayeron algunos sapos más, y una culebra rebotó en la cabeza de Luther, que no se movió. Cissy alzó la mirada, y vio caer más sapos y culebras…, y hasta un enorme gallo negro, que cayó alborotando con su fuerte aleteo sobre los sapos y las culebras…

—Están lloviendo maldiciones —jadeó alguien—… ¡Están lloviendo maldiciones de los espíritus malignos!

Hubo un escalofrío colectivo, como un temblor de miedo… Y de repente, todos los asistentes a la gran ceremonia dieron la vuelta y comenzaron a correr alejándose del centro del bosque.

—¡Esperad! —llamó Luther—. ¡Esperad, esto no es cierto…!

Cayó otro gallo, y más sapos y culebras. En alguna parte se oyó el gruñir de un cerdo, luego el de muchos cerdos, y finalmente comenzó a oírse un siniestro son de tambores. La huida de los adeptos era ya fuga aterrada. Todos escapaban de allí, dejando en el suelo botellas, ropas, maracas… Solamente algunas mambo y *houngan* permanecían en el lugar, todos mirando con expresión tensa a Luther Kingford. Éste masculló una maldición que nadie entendió, fue a donde Cissy había dejado su bolso, y sacó de su interior la pistolita.

Apuntó con ella hacia la copa de uno de los pinos que se cernía sobre ellos, y disparó. En lo alto se oyó un grito. Hubo ruido de ramas…, y un hombre negro apareció a la luz de las antorchas, precipitándose hacia el suelo, sobre gallos, culebras y sapos.

Luther volvió a disparar, se oyó otro grito de dolor, pero esta vez nadie cayó de los pinos.

—¡Chapman! —gritó Luther—. ¡Ven aquí a conversar conmigo, o no saldrás vivo del bosque! ¡Sé que estás ahí con tus asesinos!

—¡Deteneos! —gritó uno de los *houngan* a los adeptos que huían —. ¡Volved aquí, ved lo que está haciendo nuestro *Houngan Master*!

Arriba, en las copas de los pinos, volvía a oírse gruñido de cerdos, tambores siniestros, alaridos infrahumanos… Pero en el centro del *houmfor* un hombre había caído, y algunos de los que huían todavía pudieron verlo desde su posición cuando se volvieron. Se detuvieron, y llamaron a los otros que iban por delante…

Luther volvió a disparar hacia arriba, se oyó otro grito, y otro

hombre apareció, precipitándose de cabeza al suelo. Junto a él, entre sapos y culebras, rebotó un magnetófono conectado a unos cables que todavía pendían de las copas de los pinos, donde dejó de oírse todo sonido cuando Luther, de un tirón, arrancó la conexión con el magnetófono.

El silencio fue entonces sepulcral.

Y en ese silencio retumbó claramente la voz de Luther Kingford:

—¡Un magnetófono y varios altavoces conectados a él! ¡Y unos cuantos asesinos amigos de Chapman, los mismos que anoche mataron a *Houngan Master*, que están encima de nosotros, en los pinos, tirándonos bichos para asustarnos! ¡Volved todos! ¡Chapman supo lo de esta ceremonia, y ha pretendido desbaratarla! ¡Volved todos!

Todavía hubo como un instante de estupor, mientras la realidad penetraba en los cerebros de los adeptos al vudú: el *boko* Chapman, de quien se decía que había asesinado a *Houngan Master*, había sabido con tiempo de aquella reunión, y había acudido antes al bosque, instalándose con sus asesinos en las copas de los pinos…

Un rumor de furia comenzó a brotar de los pechos de los adeptos, y se extendió como una extraña tormenta por todo el bosque.

Cissy se acercó a Luther, y le quitó la pistola, regresándola a su bolso. Pete, Arnold y Larry llegaron temblando junto a ellos, y el primero tartamudeó:

—Será… será mejor que nos marchemos de… de aquí, Kingford…

Éste seguía mirando a los adeptos, cuyos rostros estaban todos alzados, los ojos escrutando las copas de los pinos. Cecily Hamilton pensó en pedirle a Luther que lo detuviera todo, pero comprendió que era imposible… El espanto experimentado segundos antes se había convertido ahora en una furia terrible, y los adeptos al vudú buscaban ahora a los causantes de la interrupción de la ceremonia…

—Todo cuanto hagamos es inútil —susurró Luther, como adivinando los pensamientos de Cissy—… Los van a encontrar…, y los harán pedazos. Nadie podrá detenerlos. Se acabó el *boko* Chapman.

—Tenemos que marcharnos —insistió Pete.

—Sí —aprobó Cecily—… Creo que ha llegado el momento de ir a ver al Gran Unificador. Tengo el pálpito de que será mucho más útil para todos que nos dediquemos a eso que a ver lo que pasa en este bosque.

Luther Kingford suspiró, desalentado y resignado.

Cuando estaban llegando a la linde del bosque, por el lado donde habían dejado el coche junto a otros vehículos, comenzaron a oír los espantosos alaridos de los asesinos del *boko* Chapman que iban siendo cazados por el interior del bosque.

Capítulo VIII

El coche se detuvo delante de un hermoso chalé situado cerca del mar en las afueras de Port Chester, cercana ya la frontera del estado de Connecticut. Habían dejado a un lado la carretera 95 y finalmente viajado por una estrecha cinta aceptablemente asfaltada.

Eran casi las tres de la madrugada, y parte del retraso se debía a la insistencia de Cecily Hamilton en acudir junto con Luther al encuentro del Gran Unificador, el cual, al ser consultado telefónicamente se había negado en principio, y sólo había cedido ante la presión del propio Luther Kingford.

No había luz alguna en el chalé, pero se encendieron varias cuando, tras detener el coche, Larry hizo sonar el claxon de manera convenida. Los cinco se apearon, y fueron hacia la puerta de la casa, que se abrió antes de que la alcanzaran, dejando visible a un negro muy alto y delgado. Nadie dijo nada. Simplemente, entraron todos en la casa, y a una seña del negro alto y delgado entraron por una puerta situada a la izquierda del vestíbulo, que correspondía al salón.

Dentro de éste había tres hombres negros. Dos de ellos también eran altos, delgados, fibrosos, vestidos con mucha sobriedad. Sus miradas eran inteligentes, alertas, vigilantes, y se clavaron especulativamente en Cecily y Luther, que por su parte sólo concedieron su máxima atención al tercer hombre, que se alzó del sillón que ocupaba al verlos entrar.

Este tercer hombre debía de medir cerca de dos metros, era más bien obeso, pero se veía sólido y ágil; todo esto pese a que debía de tener no menos de cincuenta y cinco años, tal vez sesenta. Sus ojos eran grandes y expresivos; su boca firme y sonriente, apenas abultada; sus cabellos de una blancura increíble formaban como una aureola bellísima en torno a su redonda cabeza de hermosas líneas. Era impresionantemente hermoso, de frente bien curvada.

Vestía un traje tan serio y sobrio como los de los hombres que, sin duda alguna, eran su escolta. El magnífico ejemplar se acercó a Luther y Cissy, sonriente, con la mano tendida.

—Ha sido una gran suerte que la entrevista haya sido posible esta misma noche, porque tengo que partir urgentemente hacia Haití… Señor Kingford… ¿Cómo está, señorita Hamilton?

—Un poco enfadada con usted porque no quería recibirme —replicó Cissy.

El gigante se la quedó mirando entre sorprendido y desconfiado. De repente se echó a reír.

—Espero que su enfado se desvanezca después de decirle que ahora me alegro sinceramente de haber aceptado su presencia. ¿Puedo contar con su amistad?

—Si todo el mundo hablase como usted —sonrió Cissy— habría muchos menos problemas.

—Sin duda —casi rió el Gran Unificador—… ¿Puedo ofrecerles algo? La casa no es mía, sino de un amigo que está colaborando en todo este desdichado asunto, pero sé que está bien provista de todo…

—Hemos comido unos bocadillos por ahí —dijo Luther—. Tomaríamos un poco de café.

—Perfecto. Charles nos lo servirá —miró a uno de sus acompañantes—. Bien, convendría que sostuviéramos una charla preliminar para asegurarnos de que, cuando menos en líneas generales, todos deseamos enfocar las cosas del mejor modo posible para el Pueblo Negro de América. ¿Estamos de acuerdo?

—Naturalmente —asintió Luther, que escrutaba el rostro del otro.

Cissy se había sentado en un sillón. Luther y el Gran Unificador se sentaron ambos en el sofá, bien separados. Excepto el llamado Charles, que había ido a la cocina a preparar café, los demás negros estaban en la sala, atentos a la conversación.

—Por lo que me ha contado Pete por teléfono antes de venir, temo que en aquel bosque haya ocurrido algo… horrible —Gran Unificador se estremeció visiblemente—… ¡Estas cosas no deberían ocurrir entre hermanos de raza!

—Estas cosas —puntualizó suavemente Cissy— no deberían ocurrir nunca entre nadie, señor.

—Cierto —admitió en el acto Gran Unificador—… Cierto, cierto. Pero… Bueno, nosotros estamos aquí para conversar sobre… la prosperidad y la seguridad futura del Pueblo Negro de América. ¿O no?

—Nos gustaría saber qué significa exactamente eso del Pueblo Negro de América, cómo se le ocurrió a usted esa idea, y cómo cree que puede convertirse en algo… real y práctico.

—Si todo el mundo hablase como usted, señorita Hamilton —sonrió Gran Unificador—, nos entenderíamos mucho mejor.

—Muy amable, señor… Oh, bueno, ¿cuál es su nombre?

—De momento, Gran Unificador. Les voy a explicar a ustedes brevemente en qué consiste mi idea y mis planes para el futuro. Mi idea, respecto a este último enfrentamiento entre el vudú y la macumba, es que ambos… credos, por llamarlos de algún modo aceptable, tienen cosas convenientes y cosas inconvenientes. Lo cual, naturalmente, de ninguna manera justifica que se hayan enfrentado de modo tan… absurdo y sobre todo cruento.

—Muy cruento —murmuró Cissy—, porque aparte de los asesinatos preparados de ciertos pequeños líderes, están ahora los de María Carballeira, *Houngan Master*, Ronnie, Samuel…, y no digamos lo que debe de haber sucedido hace un par de horas en el bosque de Coney Island: por supuesto que el *boko* Chapman y sus asesinos han sido despedazados, pero también habrán muerto más personas en el enfrentamiento. Y yo creo que todo esto, sencillamente, debe terminar cuanto antes. Ahora mismo.

—Lo de ahora mismo es más problemático —pareció condolerse Gran Unificador—, pero, como iba a decir, tengo una idea al respecto. Decía que tanto el vudú como la macumba tienen cosas positivas y cosas negativas. Bajo este punto de vista, y con el fin de… agrupar adecuadamente a todo el Pueblo Negro de América yo propondría una nueva… religión, que fusionase el vudú y la macumba ofreciendo a nuestros hermanos lo mejor de ambos métodos…

—Perdone un momento —le interrumpió Luther—… ¿Entiendo que usted tiene la pretensión de desarraigar el vudú y la macumba de las creencias de sus actuales adeptos? Porque si es así, le diré que es sencillamente imposible.

—Bueno, amigo Luther —sonrió Gran Unificador—, le

comprendo a usted, pero tal vez debería escuchar cuál es el nombre que propongo para esa nueva religión que abarcaría a la macumba y al vudú. Estoy seguro de que después de escucharlo empezará a considerar más seriamente mi propuesta, y hasta tengo la esperanza de que me ofrecerá su ayuda personal…, que es de lo que se trata. Pretendo obtener la colaboración de todos los grandes del vudú, como usted, y de todos los grandes de la macumba, como María Carballeira, para llegar, por último, a la consecución de mis hermosos planes, que formalizarían la existencia del Pueblo Negro de América.

—¿Cuál es, en ese sentido, su definitivo plan futuro para el Pueblo Negro de América? —preguntó Cissy.

—Que todos los negros del continente americano, sean del país que sea, tengan una idílica patria común y un solo jefe espiritual. La patria idílica podría llegar a ser una realidad en el futuro. Por ejemplo: ¿quién nos asegura que dentro de cincuenta o cien años no habríamos conseguido que todos los negros pudiéramos vivir juntos, felices y sin humillaciones, en una patria común y propia que podría llamarse, por ejemplo, Caribe?

—No hay tierra libre en el Caribe para formar una nueva patria para nadie —murmuró Cissy.

—No hay tierra libre ahora, señorita Hamilton. Pero todos unidos podríamos quizá conseguir nuestra propia patria física en América. Sin compartirla con nadie más, para que no hubiera enfrentamientos de ninguna clase: ni políticos, ni religiosos, ni racistas… ¿Se lo imagina? ¡Todos los negros de América gozando de su patria propia en América!

—Una patria que se llamaría Caribe —murmuró Luther—. Pero esa patria… ¿dónde estaría?

—Estaría formada por todas las islas del Caribe.

Luther y Cissy se quedaron mirando con sobresaltada fijeza a Gran Unificador que sonrió socarronamente. Charles apareció con el café, que sirvió a los recién llegados.

—Me parece —dijo Gran Unificador— que les he impresionado.

—Las islas del Caribe —dijo Cissy— ya tienen dueño. No podemos quitársela a unos para dárselas a otros. Cuba, La Española, Jamaica, Barbados, Puerto Rico…

—Yo no digo nada de quitárselas a nadie, señorita Hamilton.

Sólo digo que quizá dentro de cincuenta años las cosas hayan cambiado hasta el punto de que lo que hoy le parece a usted inalcanzable sea una realidad.

—Tal vez. Pero le diré la verdad: dudo mucho que los negros de Brasil, por ejemplo, quisieran abandonar su tierra para irse al Caribe. Y lo mismo me atrevería a decir de los demás negros de América.

—De acuerdo. Entonces, simplemente, quedándose cada cual en su país, y olvidando la idea de una patria llamada Caribe para todos los negros, nos ceñiríamos a la idea religiosa. No estaríamos unidos por la tierra, pero sí por las creencias y el modo de vida, y todos tendríamos un solo guía espiritual, que sería quien orientaría al Pueblo Negro de América en todos los sentidos, especialmente, claro está, en el religioso.

—Ya. ¿Y quién sería ese jefe espiritual?

—Yo, por ejemplo.

—Claro. ¿Y cómo dice que se llamaría esa religión que sustituiría al vudú y la macumba?

—No las sustituiría, sino que las fundiría, las convertiría en una sola llamada VUDUCUMBA. Fíjense bien; la vuducumba, con lo mejor del vudú y con lo mejor de la macumba, con un solo jefe espiritual. ¿No sería esto mucho mejor que continuar divididos y matándonos unos a otros?

Luther y Cissy habían quedado mudos contemplando al insólito personaje.

Por fin, Cissy se dedicó a tomar su café. Luther parpadeó.

—No sé —murmuró—… Admito que como idea es digna de estudio, pero conozco bien a los adeptos al vudú, y no querrán cambiar nada de sus ritos ni sus creencias.

—A menos —insistió Gran Unificador— que los grandes del vudú y la macumba los vayamos… reeducando con paciencia y con métodos adecuados. Eso no tiene que hacerse en un día, ni en un año, ni en diez. Hay tiempo. Tenemos mucho tiempo, Luther. Y con ese logro, evitaríamos que en el futuro volviera a suceder lo que ha sucedido ahora: vudú contra macumba. Piénselo.

—Realmente eso habría que pensarlo mucho —murmuró Luther.

—Muy bien. Puede empezar a hacerlo… Usted, como nuevo *Houngan Master* de la zona de Nueva York, puede hacerse escuchar

por los más significados e inteligentes *houngan* y mambos, por los más razonables adeptos… Tengo una gran confianza en que sabrá encauzar todo esto, Luther.

—¿Y qué va a hacer usted mientras tanto? —preguntó Cissy.

—Seguir viajando de un lado a otro buscando a los hombres como Luther para que me apoyen y calmen los ánimos que tan excitados están en los Estados Unidos, en Brasil, en el Caribe, en Centroamérica… No debemos darnos por vencidos… ¡Debemos luchar juntos por la vuducumba!

—No sé, no sé —se resistía Luther—… No sé.

—Piénselo con calma. Bien, yo tengo que marcharme ahora mismo, y no sé cuándo volveré exactamente, pero espero no tardar más de un par de semanas. Nos veremos a mi regreso, Luther. Pueden quedarse en esta casa, si lo desean; nadie les molestará en ella.

—Los dos tenemos nuestra propia vivienda —dijo Cissy.

—Es de suponer —sonrió Gran Unificador—, pero quizá les parezca oportuno terminar de pasar aquí la noche. Creo que este lugar es adecuadamente aislado para tomarlo como retiro de reflexión. Les dejaré las llaves junto a la puerta.

—¿Cómo podemos comunicarnos con usted?

—Temo que durante un par de semanas no será posible localizarme de ninguna manera —se lamentó Gran Unificador—. En primer lugar voy a Haití, donde espero conseguir grandes resultados. Pero luego tendré que ir de un lado a otro del Caribe, y hasta intentaré disponer de un par de días para hacer un viaje relámpago a Brasil, a fin de entrevistarme con Waldo Silveira… ¿Lo conocen?

—No —murmuró Luther.

—Es un gran personaje de mucha influencia en la macumba. Quisiera que se convencieran ustedes de que lo que estoy proyectando no es ninguna cosa imposible, y que si no lo conseguimos todas las apariencias indican que el enfrentamiento entre el vudú y la macumba será cada día más sangriento. El nivel mental de ustedes es lo bastante alto para comprender lo que les estoy diciendo. Si no hacemos algo que…

—Ya le he dicho que lo pensaré, ¿no? —Gruñó Luther—. ¡No me presione más!

—De acuerdo —Gran Unificador tendió su mano—… Cuídense mucho, de modo que podamos entrevistarnos a mi regreso. Adiós. Ah, tenemos que llevarnos los dos coches, lo siento. Por la mañana pueden llegar a la carretera, y encontrarán muy cerca una parada de bus.

—Y si no —sonrió encantadoramente Cissy—, podremos hacer autoestop.

Gran Unificador sonrió, se despidió de nuevo, ahora con un gesto, y abandonó el salón, seguido de sus hombres. Se oyó batir la puerta de la casa.

Cissy miró a Luther, que permanecía hosco y pensativo, y, sin decir nada, se acercó a la ventana del salón. Pudo ver el coche de Pete, Larry y Arnold, y a éstos metiéndose dentro. Al poco apareció en su campo visual otro automóvil, que debía de haber estado detrás de la casa… Desde la ventana llegaba la suficiente luz frente a la casa para que la señorita Hamilton pudiera ver las matrículas de ambos coches.

Cuando éstos se alejaron, la señorita Hamilton fue a donde había dejado su bolso, sacó de él un paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos que no terminó de salir del paquete, extrañamente sujeto a éste. Lo que sí salió del paquete de cigarrillos fue una voz masculina:

—Sí, adelante.

Luther Kingford respingó, y lanzó su mirada hacia Cissy Hamilton, que le sonrió cariñosamente y dijo, no menos cariñosamente:

—Hola, Simón: adivine quién le está llamando…

* * *

Eran casi las diez de la mañana cuando el helicóptero tomó tierra cerca de la cabaña junto al río, en un lugar encantador y solitario situado apenas a cincuenta millas al norte de New York City.

Del helicóptero saltaron dos hombres, ambos de raza china, y se encaminaron hacia la cabaña. En las frondas cercanas se oía el canto de algunos pájaros.

La puerta de la cabaña se abrió, y aparecieron dos negros. Uno de los chinos murmuró algo, y el otro asintió, apretando una

sonrisa. Llegaron a la cabaña, a la que entraron, seguidos por los dos negros altos y delgados…

En la salita de la cabaña, que era a la vez comedor y cocina estaba Gran Unificador, que acudió al encuentro de los chinos, tendiendo la mano a uno de ellos, el de más edad.

—¿Cómo está, Tsin? —se interesó.

—Bien, gracias. Es evidente que usted también lo está —una leve sonrisa pasó por la pálida faz del chino—… Y por su expresión diría que las cosas están saliendo como habíamos planeado.

—Yo diría que incluso mejor —sonrió ampliamente Gran Unificador—. Cuando usted me buscó y me propuso el plan recuerde que le dije que yo estaba capacitado para llevarlo a cabo con éxito. Y eso estoy haciendo… He planeado los suficientes asesinatos, los he llevado a cabo por medio de mis hombres, y, en definitiva, entre lo sucedido en Estados Unidos y todas mis maquinaciones en Brasil y en el Caribe he conseguido enfrentar al vudú y la macumba de un modo feroz. Me he encargado personalmente de elegir las víctimas, de supervisar sus asesinatos en los Estados Unidos y fuera del país, en todo momento he mantenido el control de la situación… Le dije que podría hacerlo, Tsin.

—Y lo ha cumplido —suspiró el chino, dejándose caer en un sillón—. Bien, supongo que vamos a pasar ahora a la segunda fase del plan…, si está usted dispuesto.

—Claro que sí. Lo difícil era organizar el enfrentamiento entre el vudú y la macumba, pero eso ya está logrado, los ánimos están cada día más excitados…, y todavía llevaré a cabo algunos asesinatos más para terminar de irritar a unos y a otros. Pero en realidad ya estoy reclutando a los primeros colaboradores. Tengo varios en diversos sitios de los Estados Unidos, y esta misma madrugada he conseguido interesar nada menos que al *Houngan Master* de la zona de Nueva York.

—Espléndido. ¿Les ha hablado de la vuducumba?

—Claro —rió Gran Unificador—. De momento todos se quedan con la boca abierta, pero luego empiezan a pensar en esa posibilidad como algo… muy fantástico pero fascinante. Lo más gracioso de esto es que quizá la vuducumba sería posible. Cuanto más hablo de ella más me lo parece.

—Tiene que ser posible, si ambos queremos conseguir nuestros

objetivos: usted, ser el jefe espiritual de todos los negros de América, con lo que sería uno de los hombres más respetados y ricos de todo el continente; y en cuanto a mí, como le dije, me conformaría con que usted pusiera a todos los negros fieles a disposición de mi servicio de espionaje, el Lien Lo Pou, con lo que personalmente conseguiría un gran triunfo en Pekin, al facilitar una formidable y enorme red de espionaje para China.

—Tengo la impresión —rió de nuevo Gran Unificador— de que tanto usted como yo no nos conformamos precisamente con poca cosa, Tsin.

—Amigo mío —sonrió el chino—, sólo los tontos y hasta los mediocres se conforman con poca cosa. Los hombres como nosotros, superiores a la gran masa, tenemos derecho a lo mejor y a lo máximo.

—Aunque sea a costa del prójimo.

—Precisamente es a costa del prójimo que los inteligentes conseguimos nuestros objetivos. En nuestro caso concreto vamos a utilizar a cuarenta o cincuenta millones de negros como mínimo, los vamos a… manipular física y mental y espiritualmente. ¿Le parece que eso es poca cosa?

—Siempre había oído decir que los chinos son maquiavélicos —sonrió Gran Unificador—, y evidentemente es cierto.

—Yo siempre había oído decir que los negros son tontos —sonrió de nuevo Tsin—, pero evidentemente no es cierto. Al menos no lo es usted, ni muchos otros a los que he tenido que ir conociendo debido a este asunto. Bien, otra cosa que resulta evidente es que nuestros planes están en pleno funcionamiento, de modo que seguiremos adelante con la segunda fase. Le he traído dinero para que pueda usted desenvolverse bien en Haití, en el resto del Caribe, y en esa visita planeada a Brasil para entrevistarse con sus cómplices que han estado asesinando y preparando el terreno allí para ofrecer la vuducumba. Aunque tal vez —Tsin volvió a sonreír— a los negros brasileños no les guste mucho el nombre de vuducumba y prefieran el de macumvudu.

Se echaron a reír los dos. Tsin hizo una seña al piloto del helicóptero, y éste asintió y le tendió un portafolios a Gran Unificador, que lo abrió, contempló los fajos de dólares, y asintió satisfecho. Tsin se puso en pie, y tendió la mano. Gran Unificador

también se puso en pie, estrechando la delicada mano del oriental.

Un minuto más tarde el helicóptero despegaba, con los dos chinos a bordo, y al poco habían dejado de oír su rumor. Gran Unificador, sentado de nuevo en el sillón, abrió el portafolios, y acarició los billetes, contemplado por sus sonrientes hombres.

—Desde luego, si hay negros tontos esos no somos nosotros —rió el Gran Unificador—. Y una cosa es bien cierta: los negros son siempre engañados y explotados… ¿Por qué no por los propios negros esta vez, por nosotros? Si alguien se ha de beneficiar de los negros… ¿por qué no los propios negros? A fin de cuentas…

Comenzaron a sonar los tambores.

Gran Unificador calló de pronto, y se quedó escuchando. En su hermoso rostro apareció una expresión de incredulidad.

—Parecen tambores —murmuró.

Ninguno de sus seis acompañantes le contestó, porque era del todo innecesario. Sonaban tambores, y tan claramente que no valía la pena ni comentarlo. Sonaban cada vez más fuerte, hasta el punto de que pronto produjeron la impresión de estar sonando dentro de la cabaña.

Uno de los negros se acercó a una ventana, y miró al exterior. Se volvió vivamente hacia Gran Unificador, exclamando:

—¡Son ellos! ¡El *Houngan Master* y la señorita Hamilton!

—No puede ser —jadeó Gran Unificador.

Corrió hacia la ventana, y, en efecto, vio a Cissy Hamilton y a Luther Kingford acercándose tranquilamente a la cabaña.

No se veía a nadie más, pero los tambores seguían sonando con creciente fuerza, en todas partes. Gran Unificador se pasó la lengua por los labios…, y en aquel momento, por encima del resonar de los tambores sonó una potente explosión.

La sobresaltada mirada de Gran Unificador fue hacia donde había volado el helicóptero…, y vio en el cielo una negra bola de humo elevándose y difuminándose.

Cuando volvió a mirar hacia Luther y Cissy los vio detenidos a unos diez metros de la cabaña, mirando hacia la ventana, inmóviles, tranquilos.

—¿Qué hacemos? —susurró Pete, a su lado—. ¿Les disparamos?

—No digas estupideces —farfulló Gran Unificador—… ¿Es que no lo comprendes?: estamos rodeados. Si no llegamos a un acuerdo

con Kingford y esa mujer nos harán pedazos, como al *boko* Chapman y a los demás en el bosque de Coney Island… Ábreles la puerta. Quizá consigamos salvar la situación.

Pete fue a abrir la puerta.

Segundos más tarde Luther y Cissy entraban en la cabaña, y aparecían ante el Gran Unificador, que los miró intentando conseguir una sonrisa de cordial complicidad.

—Supongo —dijo festivamente— que es debido a la magia del vudú que han conseguido localizarme.

—No, en absoluto —dijo Cissy—. Cuando le dije a Luther lo que sospechaba de todo esto después de conversar con usted él no quiso creerme. Dijo que era una fantasía desorbitada mía. Pero, claro, él no se ha pasado la vida trabajando en el espionaje internacional. Yo sí. Lo que no podía asegurar era que los chinos estuviesen de por medio, pero no me ha sorprendido nada, pues han hecho ya muchos otros intentos para controlar las Américas de un modo u otro…, y hasta la fecha siempre se los he desbaratado. Y seguiré haciéndolo, pues sé con toda seguridad que insistirán, nunca desistirán de hacerse con el continente americano ya sea de un modo físico, o mental o espiritual. Lo que no me gusta es que para conseguir eso se dediquen al asesinato. Por eso, Tsin y su acompañante están ahora muertos y convertidos en parte de la chatarra de su helicóptero: mientras ustedes conversaban yo puse una bomba con mecanismo de detonación a distancia en el helicóptero…, y supongo que han oído la explosión. En cuanto a usted, Gran Unificador, ni siquiera me interesa su nombre verdadero, ni nada de nada…, salvo que es un asesino, como el tal Tsin. Le diré cómo lo he localizado, y cómo he conocido todos sus planes: cuando usted se marchó yo llamé a unos amigos y les dije que buscaran dos coches matrículas tal y tal que en aquellos momentos circulaban por tal carretera en dirección a Nueva York. Usted no puede imaginarse de lo que son capaces esos amigos míos por complacerme… Imagínese: aún no había llegado usted a Nueva York y sus coches ya estaban localizados. Fueron seguidos hasta aquí, se me avisó, ordené que instalaran micrófonos de distancia, y me vine hacia aquí con Luther, para que se convenciera del asunto y, en su momento, tome las medidas oportunas para informar tanto al vudú como a la macumba de todo lo sucedido, y que todo ha sido debido a un complot contra los

negros, para manipularlos y convertirlos en pobres robots al servicio del espionaje chino, manejados por dos criminales, uno negro y otro chino. Por fortuna, he intervenido yo, y ahora, contando con mi ayuda en todos los órdenes, Luther se encargará de arreglar las cosas entre el vudú y la macumba. ¿Necesita alguna explicación más?

Gran Unificador, que estaba paralizado de asombro y espanto, se pasó la lengua por los labios, y, por fin, consiguió jadear:

—¿Quién es usted?

Cissy Hamilton sacó su pistolita, apuntó a la frente del Gran Unificador, y dijo:

—Tu verdugo.

Plof, chascó la pistolita.

Este es el final

—¿Y qué hicieron los otros negros, los amigos de Gran Unificador? —preguntó Frank Minello, muy abiertos los ojos.

—Nada —sonrió Brigitte Montfort—. Estaban pura y simplemente aterrados, porque comprendían perfectamente que Luther y yo no estábamos solos. Y en efecto, allá estaban mis Simones, que se hicieron cargo de los seis amigos de Gran Unificador, y se los llevaron. En estos momentos deben de haberles sacado ya los nombres de los cómplices de Gran Unificador, tanto en Estados Unidos como en Brasil, y enseguida procederán contra ellos. El asunto está prácticamente acabado.

—Zambomba… ¡Te pasa cada cosa!

Miky Grogan, que también estaba en el salón del apartamento de Brigitte, había escuchado en silencio el relato de ésta.

Y por fin se decidió a hablar.

—Bueno —carraspeó—, lo que yo quisiera saber es si esta vez vamos a poder publicar eso o no.

—Naturalmente que sí —le miró sorprendida Brigitte—… ¡Tenemos que publicarlo, Miky!

—¡Estupendo! ¡Menudo reportaje! ¡Y en exclusiva…!

—En exclusiva absoluta no —sonrió la divina espía—… Digamos que el Morning News irá un día por delante de los demás periódicos, pues por algo es «mi» periódico. Pero entiéndalo, Miky: a todo esto hay que darle la máxima difusión, para que se entere todo el mundo de la maniobra para enfrentar criminalmente al vudú y a la macumba.

—Tiene razón —admitió Grogan—… ¡Pero el Morning un día por delante de todos, recuérdelo!

—Ya se lo he dicho, ¿no?

—De acuerdo. Ah: ¿qué seudónimo utilizaremos esta vez?

—Firmaremos el reportaje con el nombre de Mambo Hamilton.

Eso les gustará mucho a los seguidores del vudú…, y será un atractivo más en el reportaje.

—Estupendo —se frotó las manos Grogan—… ¡Caray, estupendo!

—Bueno —preguntó de pronto Minello—: ¿y qué pasó con el *houngan*, con Luther Kingford? ¿Qué cara puso cuando se te pasaron los efectos del Blackcolor y volviste a ser blanca?

—Se llevó la decepción más grande de su vida, pues se había enamorado de mí. Pero me aseguró que aunque comprendía que no podía haber nada entre nosotros me estaba muy agradecido, que siempre podría contar con él y con su discreción sobre mi personalidad de espía…, y que me amaría siempre.

—Vaya una cosa —murmuró Frankie Minello—… ¡Eso de amarte a ti le pasa a todo el mundo!

FIN